La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 21 DE MARZO DE 1892 — NÚM. 534

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Centenario del nacimiento de Rossini en Europa. – Genio del maestro. – Unidad maravillosa de su revolución musical. – Variedad riquísima de sus obras. – Recuerdos de Rossini. – Una visita de antaño á su casa. – Diálogos rosinianos. – El grande libro sobre las capitales europeas. – Su editor y sus autores. – Algunas reflexiones acerca de la descripción del pueblo de Madrid. – Conclusión.

I

Europa entera en estos días ha celebrado el centenario de Rossini, venido al mundo el año noventa y dos de la pasada centuria. Y ha tenido razón Europa en celebrarlo. Puede asegurarse que con Byron y con Goethe y con Schiller y con Víctor Hugo y con Quintana y con Zorrilla, Rossini es una de las cariátides sobre cuyas frentes descansa la gloria de nuestro siglo. No es Rossini de los músicos que sólo tienen una nota, ora alegre, ora plañidera, no: es un genio universal. El ha hecho reir ó llorar á su arbitrio á toda Europa. El la ha elevado hasta lo sublime en la plegaria del *Moisés*, ó la ha bajado hasta lo grotesco en *La Italiana en Argel*. El ha recorrido todas las escalas del arte. Si le pedís instrumentación, acordaos de la sinfonía de la *Semíramis;* si melodías, acordaos de la serenata del *Barbero* ó de la canción del sauce de *Desdémona;* si armonías inconcebibles, acordaos de aquel *Guillermo Tell*, donde el protagonista es el coro, como en Suiza es el pueblo. Y no sólo tiene todos los caracteres de la música, sino que tiene todos los géneros. Cuando queráis reir, sentir los estremecimientos de una grande alegría, respirar en los aires esa especie de gas sardónico que provoca á la hilaridad, oíd la canción de *Papatache*, ó el aria de *Fígaro* acompañada por la guitarra; cuando queráis



LA ESTRELLA DE BELÉN, copia del notable cuadro de Mariana Stokes

llorar, estremeceros como si escucharais la voz de Hámlet ó el gemido de Prometeo, oíd aquel final del *Otelo*, aquella mezcla de cantos melancólicos y tiernos, escapados al pecho de la mártir veneciana, y aquellos gritos salvajes, escapados al pecho del africano; si queréis sentir el ardor guerrero, el fuego del combate, el deseo de sacrificaros por estas dos grandes ideas que se llaman la libertad y la patria, oíd el terceto de *Guillermo Tell;* y cuando, disgustados del mundo, en estos instantes de invocación á la muerte que hay en toda vida, queráis convertir los ojos á la eternidad, entonad la plegaria del *Moisés*, y sentiréis los hemistiquios de la Biblia, la voz del pueblo escogido, los ecos de las olas del Mar Rojo mezclados con los ecos de las cumbres del Sinaí y la palabra de Dios tronando tan sublime como una tempestad infinita sobre todo el universo. Parece que el hada de la armonía es madre de Rossini. Y nadie diría sino que lo parió cuando Dios templaba el órgano inmenso de las esferas, que tiene por registros las estrellas. Suelen echarle en cara algunos críticos que pone á sus obras columnas salomónicas, arabescos, adornos gongorinos, exceso de follaje. Pero es preciso no olvidar que Rossini representa una revolución en la música y que toda revolución tiene, hasta en la esfera del arte, sus excesos. La música antigua era demasiado sencilla y precisaba darle variedad. Pero cuando Rossini quiere ser sencillo es tan sencillo como Bellini; cuando quiere ser natural, es tan natural como Weber. Ha puesto en música uno de los tercetos del *Dante*, y aquella música alcanza un grado verdaderamente sublime. Un hombre que ha innovado en arte tal como la música y ha conmovido á varias generaciones y ha apasionado todo un siglo, es uno de esos hombres que levantan su frente iluminada sobre el vulgo de los mortales. Cuando tan pocos grandes hombres quedan sobre la hoy estéril Europa, nada más natural que el deseo de apretar la mano á uno de ellos, á uno de los más extraordinarios. Así lo visité yo por el año sesenta y siete. Todavía tengo á la vista el relato de tal suceso que transcribo. La casa del maestro no podía estar para mí cerrada. Reinaba en ella gran modestia. Unos atribuían esto á la naturalidad propia del genio, á sus costumbres sencillas. Otros lo atribuían á codicia de Madama Rossini. Había quien á él mismo le trataba de avaro. Cuentan los chuscos parisienses que en la guerra italiana, como le pidieran patrióticos dones en aras de la independencia nacional, regaló Rossini dos jamelgos. Dicen que una noche estaban varios de sus amigos en sus tertulias ó reuniones. Los asistentes eran muchos en número, y el calor insufrible en su intensidad. Gustavo Doré respiraba fuertemente como un caballo cansado. «¿Qué tienes?, le dijo el maestro. – Mucho calor, le contestó el dibujante. – Pues asómate á la ventana. – Además, tengo mucha sed, añadió Doré. – Pues mira, le dijo Rossini, en el cuarto bajo hay un café.»

II

Cuando yo vi á Rossini, el maestro estaba en gabinete de sencillo aspecto. A su izquierda entraba la luz por un ventanón; á su derecha había una cama cubierta de damasco anaranjado; á sus espaldas un piano muy viejo, de donde habrán salido esas notas que han arrebatado al mundo; delante de su sillón, en el que siempre se mantenía sentado, pues le flaqueaban algo las piernas, una mesa redonda llena de libros. En las manos tenía un papel de música donde iba escribiendo puntitos que significaban la instrumentación de su misa, y á los pies multitud de empolvadas botellas que acababa de enviarle, llenas de ron poco músico, según lo enemigo que suele ser de las gargantas, cierta dama de allende el Atlántico. Rossini ¡ah! no creía que el genio debe estar siempre en las tablas, iluminado por las candilejas y realzado por las decoraciones. No creía Rossini que un grande hombre debe estar frío, rígido, tieso, inmóvil, bien plantado, como su estatua. Rossini creía que en la vida vulgar el genio debe ser vulgar como los demás hombres. Cierta mañana, entraba en su alcoba un cardenal admirador suyo, tan impaciente por darle la enhorabuena en uno de sus innumerables triunfos, que ni siquiera le dejó levantarse y vestirse. «Salud, dijo, al genio extraordinario, al hombre que más sirve para expresar las melodías.» Rossini, sin dejarle acabar su frase, le contestó: «No lo creáis, monseñor, sirvo más para modelo de escultura.» Y tiró la sábana.

III

Admirable Rossini de naturalidad. Me pareció la frente ancha y abultada como urna de la cual fluyera bullicioso raudal; los ojos vivos, chispeantes, pequeños; los labios, contraídos por una inteligente y burlona sonrisa; la cabeza, á pesar de hallarse oculta bajo la peluca, modelada para la idealidad y para la benevolencia. Me acompañaba una distinguida señora portuguesa, de gran talento y de grande amistad hacia Rossini. «¡Qué rico Oporto me habéis enviado!, le dijo, después de cambiar todos los cumplidos de ordenanza. – Poco puede valer mi vino si se compara con el que recibís de los reyes. – En verdad, me ha enviado vuestro rey una caja de botellas y una composición de música suya; pero es mejor vuestro vino que el del rey mismo. – Os presentaré, maestro, le dijo la señora, una sobrina que es dama de honor de la reina Pía, á la cual acompaña en la Exposición. Mi sobrina es la joven más hermosa de Portugal. – Magnífico: la enamoraré. – Me felicito, maestro, díjele yo, de verle siempre joven. – He tenido una horrible pesadumbre á ese respecto. El otro día dijo un diario que había cumplido yo setenta y nueve años. Sólo tengo setenta y seis, y sobran. Me dió tres años más de los que tengo. Si me los hubiera dado de menos, le mando en acción de gracias una tarjeta. – ¿Qué le importa el tiempo á quien posee la inmortalidad? – ¡La inmortalidad! Es una palabra que nunca he comprendido. Yo doy todas las inmortalidades por un pavo trufado. – Me parece advertir en la sonrisa que usted mismo no cree cuanto va diciendo. Además, nos pasa á todos que no estimamos aquello que poseemos. ¿Qué mucho si usted no estima la inmortalidad? – Dejé de escribir muy joven, y desde entonces, como todos me han visto retirado, todos me han tenido por viejo. – Ya hace años que pasó usted por España, para la cual compuso usted el *Stabat Mater*. – Lo compuse á ruegos del Comisario de Cruzada Varela. Sus ruegos eran tanto más atendibles cuanto que provenían de un moribundo. Mandéle el *Stabat Mater* con la condición de cantarlo solamente en su capilla y de no publicarlo nunca. – ¿Por qué? – Porque Pergolesso compuso uno que es la belleza completa, la perfección absoluta, y no quería yo que se me creyese capaz de caer en la demencia de competir con Pergolesso. Luego los testamentarios lo publicaron. Yo no quería ni oirlo. – ¡Qué bella música la música popular española! ¿No es verdad? – No conozco nada que le aventaje en el mundo, me dijo Rossini. Ustedes son los músicos de la serenata, y la serenata es la poesía vaga y el amor añadidos á la música. Las canciones andaluzas son de una melodía dulcísima y de una letra por lo general tan bella como la melodía.» Y Rossini, que tenía conmigo toda esta conversación en francés, recitó con puro acento español la siguiente canción nuestra:

Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué de cosas se dirán!

– ¡Admirable! ¡Admirable!, grité profundamente conmovido. Atended, maestro: Hace dos años me encontraba yo por el mes de agosto en la Alhambra de Granada. Eran las doce de la noche. Las luces del Albaicín se apagaban, y la campana de la Vela enviaba sus misteriosos y agudos sonidos desde el pardo torreón á la dormida vega. La luna era tan clara que, á sus reflejos, brillaba el Darro como si la vía láctea hubiera dejado caer una de sus cintas de luz sobre la tierra, y se dibujaban los contornos de los pinos del Monte Sacro, y hasta se veía el blanco cenador del Generalife, levantando sus orientales ajimeces sobre los bosques de mirto y laurel, á los pies de Sierra Nevada. Todo parecía dormido. Sólo se oía la vibración de algún grillo, esa especie de violín de los campos. En medio de aquel silencio sonó una voz de mujer, tan dulce y tan melancólica, que parecía salir de las torres bermejas y expresar la desesperación de alguna cautiva cristiana, presa en el harén de un moro á quien despedía con estos tristes acentos:

Por ti me olvidé de Dios,
por ti la gloria perdí,
y ahora me voy á quedar
sin Dios, sin gloria y sin ti.

– ¡Bellísimo, bellísimo!, dijo el maestro. Yo he saboreado mucho la música española. García, el padre de la Malibrán, mi amigo del alma, cogía la guitarra, y rasgueaba sus cuerdas con tal arte y calor, que parecía tocar en las cuerdas de mi corazón. No sirve el piano para acompañar canciones andaluzas. A su lado, apoyando una mano sobre la silla donde estaba sentado su padre, se ponía de pie la Milibrán y lanzaba á un mismo tiempo, con aquella clarísima pronunciación y aquella voz divina, canciones de tan melancólico tinte y de tan melodiosa cadencia, que creíamos ver, ó una mujer de la Biblia entonando cánticos religiosos á orillas de los torrentes de Palestina, ó una gitana árabe llamando á su amado ó meciendo á su niño en la soledad del desierto. – Es verdad, yo he comparado siempre la melodía de las canciones españolas con el grito del simoun al estrellarse en la arena ó con el eco de las olas al morir en las sonoras playas. – De este culto, dijo Rossini, que yo tengo por la música española y de la amistad de García hay algunos recuerdos en el *Barbero*.»

IV

Pero no acabáramos nunca, si debiéramos decir cuanto recordamos de Rossini. A otra cosa iremos. La casa de Hachett publica un gran volumen ilustrado sobre las capitales europeas. A cada escritor de su predilección ha encargado su correspondiente capital. Yo, cediendo á sus instancias, he tenido que describir Madrid. Pero ha menudeado los artículos de tal manera y restringido las dimensiones del volumen, que todos hemos debido sacrificar una parte del trabajo nuestro á sus exigencias, sin exceptuar la reina de Rumanía, encargada de pintar la capital de su monarquía. Yo he sacrificado la historia de Madrid. Y en Madrid lo capital es su historia. Por leyes naturales de nuestro entendimiento subimos desde las consecuencias á sus premisas en los principios y desde los resultados y los efectos á los orígenes en las cosas. Interésanos por todo extremo averiguar las causas de lo creado y el antecedente de lo sucedido, por aquella tendencia incontrastable de nuestra razón hacia la unidad suprema y hacia las generalizaciones que levantan lo condicional y lo condicionado, dentro de leyes universales, hasta lo incondicional y lo absoluto. Imposible, pues, hablar de Madrid sin decir algo de sus comienzos, é imposible decir algo de sus comienzos sin encontrar en ellos los caracteres comunes á todas las fases varias de nuestra vida central en la península. Por un sentimiento de orgullo, congénito á la naturaleza humana, como las familias quieren proceder de muy lejanos y nobles abuelos, quieren los pueblos proceder también de muy antiguos y acreditados progenitores. Y cual el semita pretende con Abraham entroncar y el griego de los dioses orientales provenir y el romano de los héroes frigios y de los dioses griegos, todas las ciudades cristianas, con especialidad en la época del Renacimiento, buscaban los manantiales de la propia sangre allá en los pueblos más remotos de Asia. Como las tradiciones romanas imputaron el origen ó generación de las gentes latinas al pío Eneas, los cronistas é historiadores madrileños no encontraron persona mejor á quien atribuir la paternidad augusta de su pueblo que el mismísimo Nabucodonosor en persona. Podrían descender los romanos de Troya; pero con seguridad no descendieron los madrileños de Babilonia. En el itinerario de Antonino y en los fragmentos de mosaico encontrados por los alrededores del primitivo territorio madrileño sobran indicios para creer á Madrid población romana un tiempo, y en las crónicas árabes pruebas de que siguió la suerte del resto de la península y yació más de tres siglos bajo la dominación sarracena. Su reconquista se debió al reconquistador de Toledo, y sus instituciones municipales se fundaron en la suprema necesidad de verdadera y activa defensa que sentían todos los castellanos recién manumitidos y especialmente los castellanos de las llanuras y de las planicies. Dos años antes asedió Alfonso VI á Madrid que á Toledo; y cuando la redimiera juntó en sus senos con tal amplio espíritu de tolerancia los fieles de las religiones existentes entonces por circunstancias históricas de nadie ignoradas, que los moros madrileños, llamados, como cuantos habitaban las poblaciones cristianas, mudéjares, tenían sus particulares procuradores y sus aljamas particulares, como los judíos sus respectivas sinagogas y sus necesarios representantes. Las nuevas invasiones á la reconquista consiguientes y del suelo africano venidas en alas de cien guerras á nosotros, atribularon mucho nuestro Madrid, pero contribuyeron también á prosperarlo en libertades y en derechos. Para expedir y azuzar los madrileños contra las tribus almoravides y almohades, arremolinadas en tropel junto á sus muros, no encontraba otro medio Alfonso VII que arrojarles al proceloso camino de los combates heroicos el cebo de las libertades y exenciones democráticas. Así fueron los pobladores cristianos de Madrid á pelear en las Navas de Tolosa so el pendón de Alonso VIII y á pelear en los sitios de Córdoba y Sevilla so el pendón de Fernando III. Así las cartas en 1083 expedidas por Alfonso VI, ampliadas por Alfonso VII, recibieron mayor amplitud todavía de Fernando III y se fijaron en tiempo de Alfonso X, hasta que, al mediar el siglo XIV, se constituyó por una ordenanza del undécimo Alfonso el necesario Ayuntamiento. Lo mismo las disposiciones del Rey Sabio que las disposiciones de su biznieto el Rey Noble llevaban en germen dos obras como el Fuero Real, en que puso las bases aquél de la unidad política castellana, y como el Or-

denamiento de Alcalá, en que pudo ya poner éste los esbozos y borradores de una legislación civil uniforme. Pero el monarca más aficionado á Madrid fué D. Pedro el Cruel, tan encarecido por la poesía y por la leyenda. Su nombre va unido al esplendor de un monasterio como Santo Domingo el Real, de Madrid. Su efigie, muy bien hecha en mármol, y la tumba que le abriera el fratricidio de Trastamara, en Santo Domingo el Real campearon durante largos siglos. Y el teatro español, y el gran dramático Tirso de Molina, cuyo *Burlador de Sevilla* inspiró á Moliere y á Mozart y á Byron, pusieron en escena la persona de D. Pedro por las calles de Madrid, por donde le precedía y le guiaba el inextinguible deseo de combatir y de gozar en múltiples lances de amor desordenado y en continuos empeños de cruentísimos combates á mano armada. Y á pesar de haber preferido á Madrid tanto D. Pedro, prefiriólo también su asesino y hermano D. Enrique II, el fundador de la dinastía de los Trastamaras, concluída en los malogrados hijos del Rey Católico. Así los favores y las gracias reales llovieron durante la Edad media toda entera sobre Madrid. Y entre tales favores ninguno tan extraño como el otorgado por Juan I, sucesor é hijo del regicida Trastamara, concediendo á la clerecía de Madrid un privilegio bien escandaloso, cuyo texto guardan cual oro en paño nuestras oficinas eclesiásticas, el privilegio de reconocer como naturales y legítimos, con derecho de recibir legados y herencias, á los hijos sacrílegos habidos en amores con mujeres doncellas, como si fuesen habidos en legal y santo matrimonio. Pero además de tan extraño hecho, encuéntranse dos en este reinado de Juan I y en el subsiguiente de su hijo y sucesor el pobre y afligido rey D. Enrique III que bien merecen de la historia una particular mención. Parece imposible, dado el aislamiento propio de la Edad media, que hubiera en Castilla quien se interesara por monarcas tan extraños á nosotros como los reyes de Armenia y quien expidiera embajadores castellanos á países tan remotos como la casi fabulosa Mongolia. Pues bien: habiendo á Juan I de Castilla pedídole auxilio León V, rey de las tierras donde se alza el Monte Ararat, en cuyas cimas el arca de Noé se detuvo, según la Biblia, no vaciló un punto aquél en acorrerle con todo su poder, enviando al vencedor y carcelero de tan excelsa víctima, enviando al soldán de Babilonia, emisarios con toda clase de regalos para su libertad, y así que la consiguió, como viniese á España muy obligado y agradecido, cedióle con generosidad inverosímil en pleno dominio regio el pueblo de Madrid, quien, por tal cesión, hubo de prestarle con todo género de solemnidades al rey armenio la pleitesía de su vasallaje. Y así como Juan I cediera el dominio de Madrid á un rey de Armenia por puro sentimiento caballeresco, el tercer Enrique de Castilla envió desde Madrid á Clavijo en busca del gran tamorlán de Tartaria, tenido en Occidente por una especie de dios asiático, que habitaba en palacios de oro, cuyas paredes resplandecían á una embutidas en rubíes y esmeraldas. Nadie, pues, podrá maravillarse de que Madrid en el reinado literario de D. Juan II y en el regocijadísimo y voluptuoso de D. Enrique IV viera sus palacios llenos de trovadores, sus calles de fiestas, sus campos de torneos, sus iglesias de alta elocuencia religiosa, sus laboratorios de alquimistas, sus torres de astrólogos, sus días todos de juegos donde se remedaban las costumbres granadinas y aparecían los jinetes, caballeros sobre trotones árabes, alardeando de diestros en armas damasquinas y vestidos con orientales arreos entre el movimiento de una vida sobrexcitada por todos los placeres. Pero concluyamos hoy, otro día continuaremos.

Madrid, 12 de marzo de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

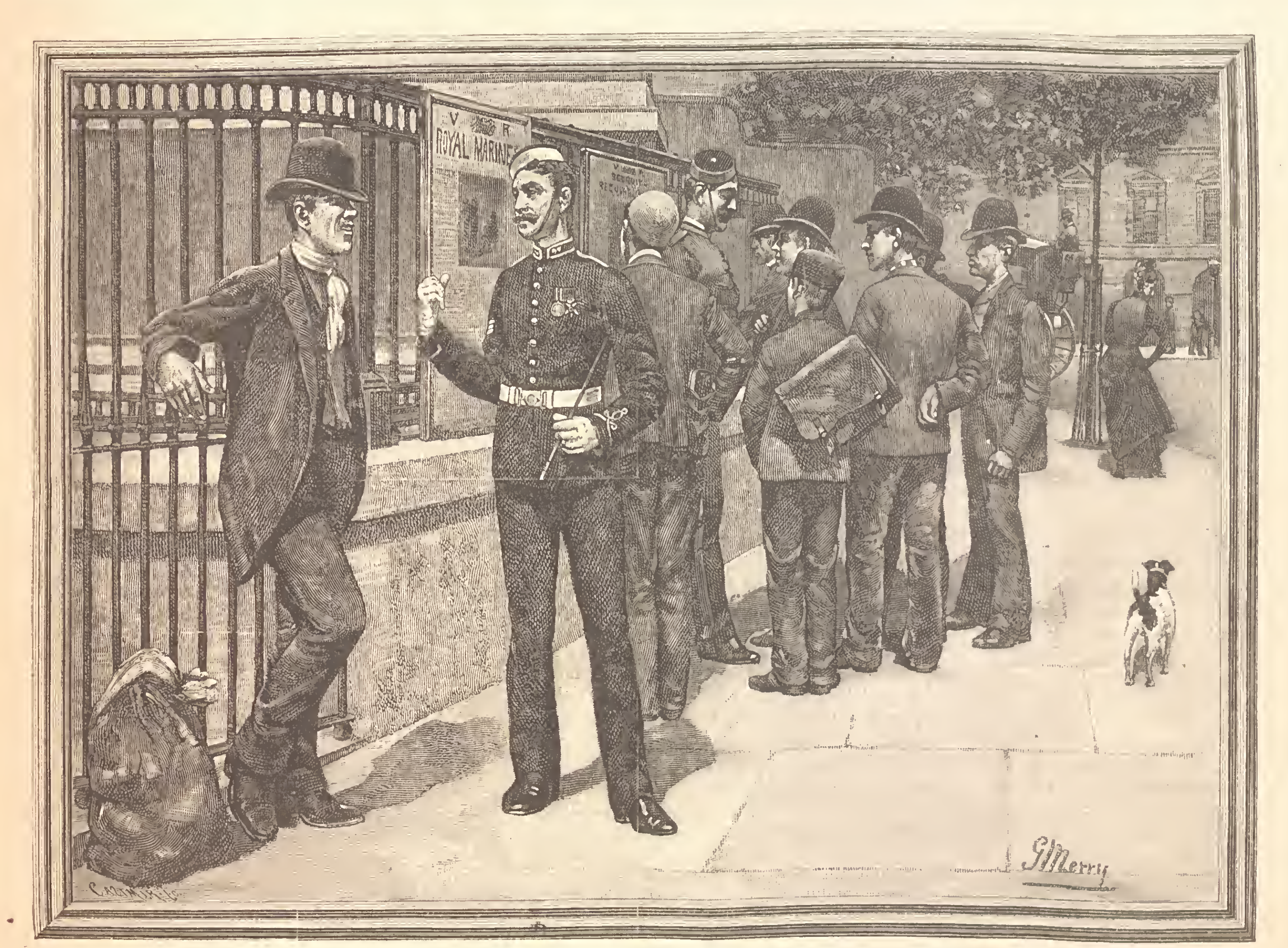
(CONTINUACIÓN)

ESTADO DE LOS ASUNTOS

Londres, 28 *mayo*

Seguramente hemos sido muy afortunados en la expedición de nuestros transportes, y esto demuestra lo que se puede hacer en condiciones favorables de tiempo, buen combustible y escogido material. Tenemos entendido que el almirantazgo había demostrado al Gobierno la importancia de atender con urgencia á estos puntos, por si acaso se hiciera necesario combatir un día ú otro contra los elementos en una zona peligrosa. Después de la declaración de guerra por Francia, apenas quedó el tiempo justo para que la mayoría de los transportes se trasladara en salvo á Levante, pues la flota francesa no perdió tiempo para ponerse en movimiento apenas hecha aquella declaración. El telegrama que se envió en la misma mañana en que debía librarse el combate naval más grande de los tiempos modernos explica bien la marcha de los acontecimientos que, durante algún tiempo aún, harán del Mediterráneo una vía segura para nosotros. No necesitamos hacer observaciones sobre la gran importancia de este suceso: en el presente caso no se reduce solamente á que nuestra bandera conserve la supremacía en el mar, sino que basta para calmar las inquietudes del público respecto á la suerte de nuestra expedición oriental en el caso de que Sir Jorge Tryon no alcance un triunfo completo. Asegurado el Mediterráneo será cosa muy fácil recobrar la posesión del Mar Negro.

Cualesquiera que puedan ser los últimos propósitos de los italianos respecto á una expedición á Argelia, no creemos perjudicar el servicio público al revelar que los preparativos que últimamente se hicieron con ese supuesto objeto eran sólo un ardid de guerra. Para alcanzar el fin que con tan buen éxito han obtenido, atrayendo á la flota francesa á los altos mares, era necesario que estos hechos no fueran conocidos más que de Sir Jorge Tryon. Pero el Gobierno italiano, como el nuestro, reconoce la importancia que tendrá concentrar sus fuerzas en un mismo punto y al mismo tiempo, en cuanto esto sea posible. Los italianos tendrán bastante que hacer para combatir contra Francia por mar y tierra; y en cuanto á nosotros, todos nuestros esfuerzos tenderán ahora hacia Oriente.



La gran guerra de 1892. – Reclutamiento en la iglesia de San Martín, de Londres

PREPARATIVOS DE LA FLOTA DEL MEDITERRÁNEO

LA FLOTA ALIADA EN EL PUERTO DE MAHÓN

(De un oficial de la escuadra de Sir Jorge Tryon.)

Comenzaré el relato de nuestro gran triunfo recordando á nuestros lectores que cuando los franceses violaron la frontera belga y nosotros movilizamos nuestra flota, Sir Jorge Tryon tenía á su mando diez buques de guerra, y se suponía que los franceses podían disponer casi de doble número, ó sea unos diez y ocho, equipados en Tolón.

Nuestro almirante supo al parecer muy pronto que si el Gobierno inglés debía depender por mucho de la alianza de Italia y Austria para conservar el mando en el Mediterráneo, en el Norte se necesitaría

una considerable fuerza naval á fin de contrarrestar los designios de Rusia y Francia contra la costa alemana. Sir Jorge Tryon había manifestado que no deseaba grandes refuerzos, pues no creía que los franceses, en último caso, hicieran entrar en acción sus antiguos buques, como el *Colbert*, el *Suffren* y hasta el *Richelieu*. Los italianos, por otra parte, podrían completar, sin duda, el equipo de ocho de sus mejores buques; mientras que al Austria le sería posible proporcionar cuatro ó cinco, los cuales, si bien inferiores, no dejarían de producir su efecto. Según resultó después, Tryon no recibió más refuerzo que el de dos buques, el *Ajax* y el *Bendow;* y se escalonarán. El comandante en jefe conducirá la primera, y los capitanes de las siguientes no penetrarán en la flota enemiga hasta que los buques de la retaguardia de la columna anterior hayan pasado. Después de esto, los buques que no queden inútiles se formarán de nuevo en igual orden para renovar el ataque. Opinábase en general que estas instrucciones eran muy suficientes, y ya no faltaba más que la declaración de guerra y el ataque de una escuadra francesa con fuerzas superiores.

Nos sorprendió mucho recibir de Inglaterra la noticia de que se habían puesto en marcha tropas para practicar operaciones en el Mar Negro, lo cual se consideraba muy arriesgado, cuando Francia podía declarar la guerra de un momento á otro; pero se creyó que el ministerio había recibido alguna seguridad del gobierno francés. De todos modos, lo cierto es que comenzaron á llegar transportes á Malta continuamente, y una vez allí recibieron orden de trasladarse á Chipre, donde se hacían preparativos para recibir á las tropas. El *Oriente*, con el duque de Connaught á bordo, no llegó, pues habiendo visto la señal, se dirigió á Chipre.



La gran guerra de 1892. - Declaración de guerra contra Rusia en Londres

y el *Rugiero di Lauria*. Sin duda se hizo así porque eran los más nuevos, mientras que los otros no reunían las condiciones necesarias para entrar en combate.

Merced á una rápida travesía, llegamos pronto al puerto de Mahón, donde vimos otros dos cruceros, el *Apolo* y el *Safo*. Poco después se recibió la declaración de guerra; pero esto no nos importaba gran cosa, pues en ningún caso podía ser la escuadra francesa suficiente para impedir que nos hiciéramos á la mar, tanto más, cuanto que nuestra flota estaba intacta. En Menorca ocupábamos la mejor posición para emprender un ataque sobre Argel, y cualquiera tentativa de la flota de Tolón para rechazar nuestras fuerzas nos permitiría un contraataque.

El almirante inglés situó cinco de los cruceros más grandes en la línea de Tolón, disponiendo que otros dos les prestaran su apoyo, á fin de vigilar la escuadra de aquel punto, y tres buques más fueron destinados á cruzar las aguas de Menorca, debiendo cambiar señales cada veinticuatro horas.

Pronto supimos que siete buques habían salido de Spezzia con varios transportes, y entonces se pensó que si Francia tenía alguna probabilidad de alcanzar su objeto, solamente le conseguiría cayendo de improviso sobre aquella débil flotilla. Los almirantes parecían seguros de que así sucedería, y reinaba cierta ansiedad con este motivo.

por lo tanto, suponiendo que los ocho italianos entraran en acción y que los franceses reunieran los diez y ocho con que contaban, la escuadra del almirante inglés solamente tendría dos buques más que la del almirante Rieunier. Sin duda Sir Jorge estaba inquieto sobre este punto, y lo propio le sucedía á su compañero Markham, segundo jefe de la flota; pero en caso de lucha, todos tenían la seguridad de que si no se alcanzaba la victoria no sería por falta de ánimo y buena dirección.

Al retirarse la escuadra del Mar Negro, todos nos reunimos en Malta, donde se trabajaba día y noche en la construcción de obras defensivas exteriores y en ejercitar las baterías. Celebrábanse continuas y largas conferencias entre los almirantes y los capitanes de los buques de guerra, y no era un secreto que se discutía sobre las formas de ataque y defensa de la escuadra en el mar. Era cosa admitida que si se trababa lucha abierta contra los franceses, seríamos numéricamente inferiores, y la cuestión se reducía á resolver cómo se obraría desde este punto de vista. Muchos sostuvieron que lo mejor sería atacar resueltamente al enemigo todos á la vez en cuanto se diera la señal, y dejar á cada buque batirse contra otro de los contrarios; pero esta proposición fué desechada; y al fin, después de prolongados debates, dióse una orden del día con las instrucciones que en general debían observarse.

En todo caso, decía la orden, la escuadra se acercará al enemigo en dos ó tres columnas, con la velocidad de diez nudos por hora; y sea cual fuere la forma en que el enemigo se aproxime, si es que lo hace, se tratará de atravesar su línea por diversos puntos, empleándose los cañones ó torpedos indistintamente, según las circunstancias; y á fin de evitar que un amigo sufra algún daño, las columnas

Simultáneamente se recibieron noticias de la alianza española y órdenes para marchar á Spezzia á fin de reunirse con la escuadra italiana. Cuando nuestros buques salieron del puerto, toda la población ocupaba los fuertes y las murallas y resonaron entusiastas aclamaciones. Llegados á dicho punto, encontramos seis buques preparados y la orden de vigilar á Tolón, pero sin emprender nada contra los franceses, á no ser que éstos intentasen atacar á Italia por mar. Al mismo tiempo tuvimos noticia del maravilloso triunfo del duque de Edimburgo en el mar del Norte, sin efusión de sangre; pero todos se congratulaban de que nuestras fuerzas del Mediterráneo no fuesen bastante poderosas para imponer aquí la misma obediencia. Entre los italianos reinaba mucho entusiasmo, así en mar como en tierra, y visitaban de continuo nuestros buques mientras estuvimos en Spezzia.

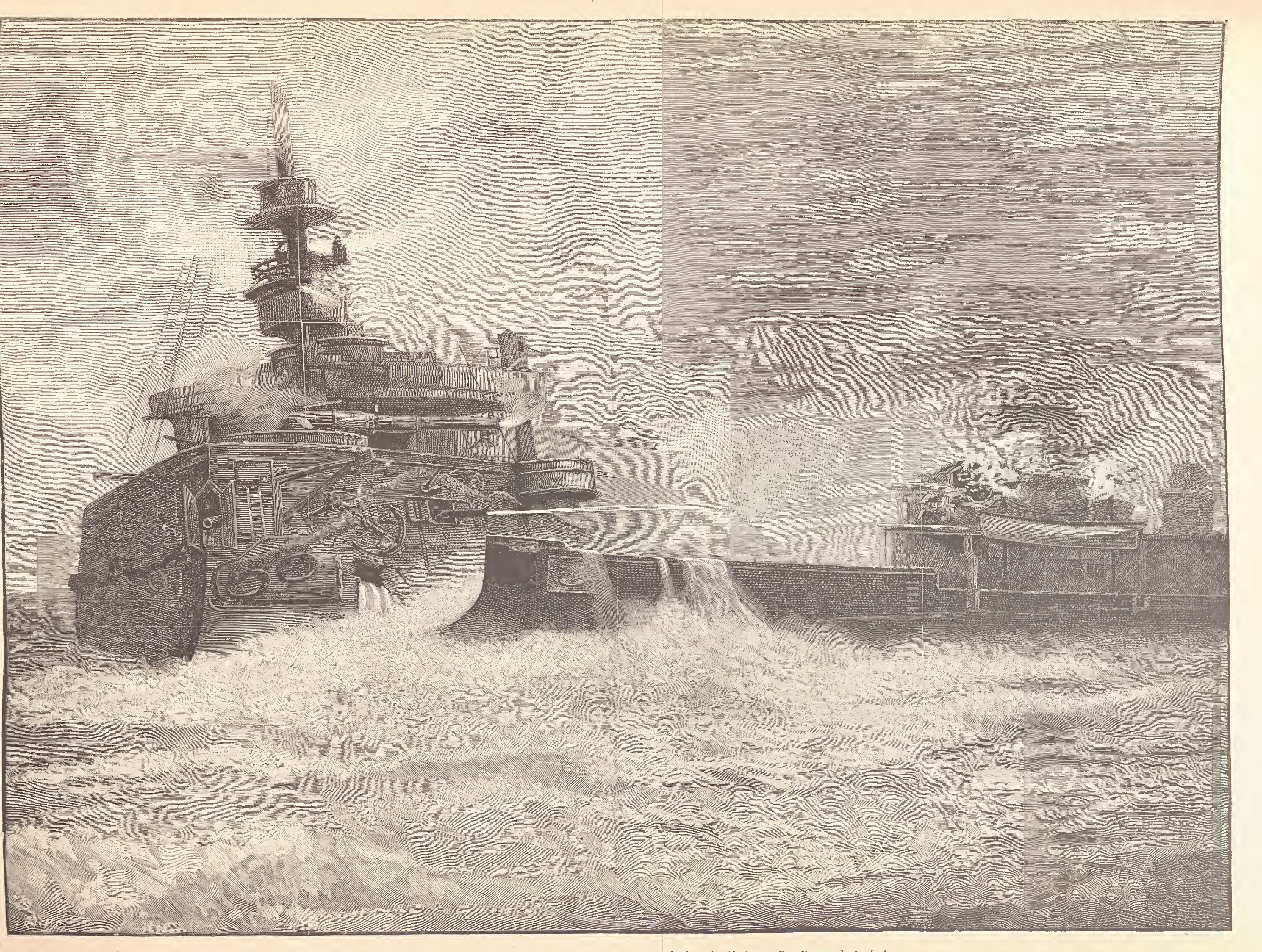
Pronto se supo que el almirante inglés había elegido el puerto de Mahón como centro de operaciones de su escuadra, enviando solamente algunos cruceros para vigilar el de Tolón. Teníamos catorce de estos buques entre grandes y pequeños.

Por razones que no comprendí al principio, solamente nos acompañaron al puerto de Mahón cuatro de los seis buques italianos preparados, á saber: el *Andrea Doria*, el *Francisco Morosini*, el *Re Umberto*

COMBATE DE CERDEÑA

DESTRUCCIÓN DEL «ALMIRANTE BAUDIN»

Al amanecer del cuarto día resonó y propagóse por todos los buques el grito: «¡El enemigo se acerca!» Poco después se hizo la señal de aparejar, comenzóse á oir el crujido de las cadenas y de los cables y no tardamos en estar formados en dos líneas. El parte que se acababa de recibir decía que los franceses habían salido de Tolón doce horas antes, gobernando hacia el SE., pero que no había sido posible contar el número de sus buques á causa de la obscuridad. Hízose rumbo en dirección Este; pero el enemigo podía pasar por los estrechos de Bonifacio, y en este caso no le encontraríamos. Mientras se discutía este punto, sobrevino una densa niebla; y como hasta que se desvaneciese ésta era inútil acelerar la marcha, avanzamos lentamente. Nuestros buques estaban bien preparados para la acción y nos hallábamos dispues-



La gran guerra de 1892. – BATALLA DE CERDEÑA. – El gran acorazado francés *Almirante Baudin* es echado á pique

tos á romper el fuego en un minuto; mas como era natural, deseábase que el tiempo aclarase antes de aparecer el enemigo. A las ocho de la mañana desapareció la niebla, y á las nueve divisamos hasta veintiún vapores al Sud de nuestra posición. Se dió orden de acelerar la marcha, y poco á poco pudimos contar diez y seis buques de guerra franceses, precedidos de cinco cruceros. Las chimeneas despedían mucho humo, mas era imposible reconocer con qué velocidad navegaban.

Sin embargo, no debía ser mucha, pues evidentemente ganábamos una marcada ventaja. Distaríamos apenas dos millas del enemigo cuando éste comenzó á romper el fuego, y á la verdad no eran sus tiros muy certeros, lo cual nos extrañó sobre manera. Al cabo de una hora muy pocos eran los buques que habían sufrido alguna avería.

Formábamos dos líneas, y no se contestaba al fuego de los franceses, sin que nadie pudiera explicarse por qué nuestro jefe, hallándonos á 3 000 varas de distancia, no nos ponía en línea para romper el fuego á nuestra vez. Mientras nos perdíamos en conjeturas, vimos de improviso que la escuadra francesa, formando dos alas, avanzaba rápidamente contra nosotros.

Pero no tardamos en reconocer la sabia táctica de nuestros almirantes, que se habían propuesto dejar al enemigo acercarse á fin de romper un fuego irresistible sin gastar proyectiles en balde. Entretanto, los cañones franceses no dejaban de tronar, rodeándoles de tal modo el humo, que era evidente que desperdiciaban sus municiones.

Mi buque estaba cerca del centro de la línea del puerto, y vi que del *Trafalgar* se elevaba una espesa columna de humo, seguida del estampido de los cañones, lo cual me indicó que había descargado una andanada. En menos de medio minuto, el *Colling wood* hizo lo mismo; el *Nilo* imitó el ejemplo, y luego vi que los tres buques viraban de bordo para volver hacia el puerto; entonces comprendí la maniobra, que consistía en sustituirse unos á otros para hacer fuego sucesivamente.

Sin embargo, tan espeso era el humo y tal el estrépito de los cañones, que al principio no pude darme cuenta de cosa alguna ni oir apenas las voces de mando. Parecióme, no obstante, que el enemigo no contestaba con mucha viveza á nuestras andanadas

Pero no era aquel momento el más oportuno para hacer conjeturas, pues entre la humareda oíanse silbar á menudo proyectiles, que iban á chocar contra el palo de algún buque ó destrozaban un bote. Cerca de mí cayeron dos hombres que habían subido á las vergas para hacer señales. Sin embargo, el fuego de los franceses disminuía mucho, y se dió orden para que cesará el nuestro hasta que se viese dónde estaban aquéllos.

Cuando se aclaró la atmósfera, observóse que los más de los buques franceses debían de haberse detenido, pues nosotros ocupábamos nuestras antiguas posiciones, y que reinaba entre ellos algún desorden.

De una densa nube de humo salió de improviso el buque almirante *Formidable*, que gobernaba hacia el NO.; y á poco el *Trafalgar*, después de haber hecho señal para que la división prosiguiera su curso, marchó en seguimiento del otro buque á toda máquina. Los dos empeñaron la acción, y como poco después estaban rodeados de humo, solamente podíamos reconocer sus posiciones á intervalos. El fuego no duró más de diez minutos ó un cuarto de hora, y apenas se hubo despejado la atmósfera vióse que el *Formidable* había arriado el pabellón.

He aquí lo que acababa de ocurrir: el *Formidable* había sufrido graves averías por los efectos de un torpedo, y trataba de retirarse de la acción cuando le vimos. Al acercarse el *Trafalgar*, hízole fuego, defendiéndose valerosamente, pero el agua se introducía rápidamente por la bodega, y reconociéndolo así el almirante Markham, pasó con su buque por delante de la popa del *Formidable* é intimóle la rendición en interés de la humanidad, amenazando con echarle á pique si se resistía. Era la suerte de la guerra, y no hubo más remedio que someterse.

Algunos de nuestros buques habían sufrido grandes averías; el *Bendow* estaba casi á punto de hundirse, y el *Edimburgo* había sufrido los efectos de un torpedo por la proa; pero todos los buques se hallaban formados como antes y así avanzamos hacia los franceses. El incidente más dramático ocurrió en nuestra segunda línea: uno de nuestros buques, el *Polifemo*, había recibido orden de mantenerse fuera de acción, haciendo rumbo á Inglaterra apenas tuviese oportunidad, y su capitán, Mr. Brooke, corriéndose á estribor de la línea del enemigo, en medio del humo, cayó sobre el buque francés más próximo, que contestaba á nuestro fuego. El choque fué terrible, y apenas tuvo el *Polifemo* tiempo suficiente para retirarse; mientras que el buque francés *Almirante Baudin* se hundía rápidamente.

RETIRADA DE LA FLOTA FRANCESA

No parecía que los demás buques enemigos hubieran sufrido tanto como los nuestros, debiéndose esto sin duda á la circunstancia de que el fuego de los franceses había sido, al acercarnos nosotros, más vivo de lo que se esperaba. En cambio, cuando pasamos por delante del enemigo, nuestros cañones más ligeros hicieron destrozos entre los hombres que servían sus piezas. Por otra parte, la maniobra ordenada por el almirante inglés fué inesperada por los franceses y paralizó la acción de sus primeros buques.

La pérdida del *Almirante Baudin* y la de hombres, que fué considerable entre muertos y heridos, había desmoralizado en parte á las tripulaciones; de modo que tres ó cuatro buques se retiraron desde luego de la línea de combate, y hubo por el pronto alguna confusión.

El almirante inglés, entretanto, mantuvo á su flota en dos alas para resistir el ataque de los franceses en caso de que le repitieran; pero se vió que gobernaban al NE., como para seguir el rumbo de Tolón. No fué posible perseguir al enemigo, porque tan pronto se quedaba rezagado un buque como otro, y la obscuridad permitió al adversario ensanchar mucho las distancias que nos separaban.

Tal fué el combate naval que los franceses ariesgaron con la esperanza de caer sobre la escuadrilla anglo-italiana, evitando así toda tentativa contra Argelia. También hubo gran peligro para nosotros, porque éramos numéricamente inferiores; pero gracias á las acertadas maniobras de nuestros almirantes no tuvimos tantas pérdidas como era de temer. Cierto que nos inutilizaron dos buques, pero nosotros apresamos uno y nuestra artillería ligera causó numerosas bajas en el enemigo.

P. S. – Acabo de saber que la verdadera causa de la retirada de la flota francesa se debió á la llegada de un crucero que anunció la aproximación de la escuadra de Argel, que el almirante inglés ya esperaba, aunque aún no tenía conocimiento de ella. También nosotros recibimos noticias de Inglaterra, anunciando que la flota alemana se había reunido con la de Sir Seymour en el golfo de Finlandia. Se ha renunciado á toda idea de un ataque contra Argel, y el almirante Markham marchará á Levante con diez buques de guerra y seis cruceros para dar convoy á las tropas que deben ir al Mar Negro. Después habrá de vigilar á la escuadra rusa en Sebastopol, á fin de evitar todo entorpecimiento á la expedición.

(Continuará)

EL CARNAVAL ROMANO

ANTES Y AHORA

(Conclusión)

Estos eran ya signos de manifiesta decadencia que acentuándose de día en día, auguraban la total desaparición de una fiesta que no tenía razón de ser; los abusos del pueblo retraían cada vez más á las clases elevadas; por otra parte era innecesaria la permisión de que la gente pudiera disfrazarse en ciertos días, cuando todo el año resultaba carnaval. Hay, sin embargo, una razón que explica por qué en Roma ha durado más; siendo uno de los atractivos de esta ciudad, que con razón puede llamarse gran hospedería, todos á porfía procuraron conservarlo para distraer y entretener á los muchos forasteros que venían, con el solo objeto de presenciar las fiestas. Por esto durante la segunda mitad del siglo pasado y en el primer tercio del corriente siguieron todavía las mascaradas, mas poco á poco iban perdiendo el carácter espontáneo que habían tenido en un principio y dejando traslucir por mil signos que eran elementos arbitrados por afán de lucro. En 1748 los pensionados de la Academia de Bellas Artes de Francia hicieron una bellísima, que representaba el viaje del sultán á la Meca, y posteriormente círculos y sociedades idearon otras, siempre ingeniosas, pero sin lograr entusiasmo.

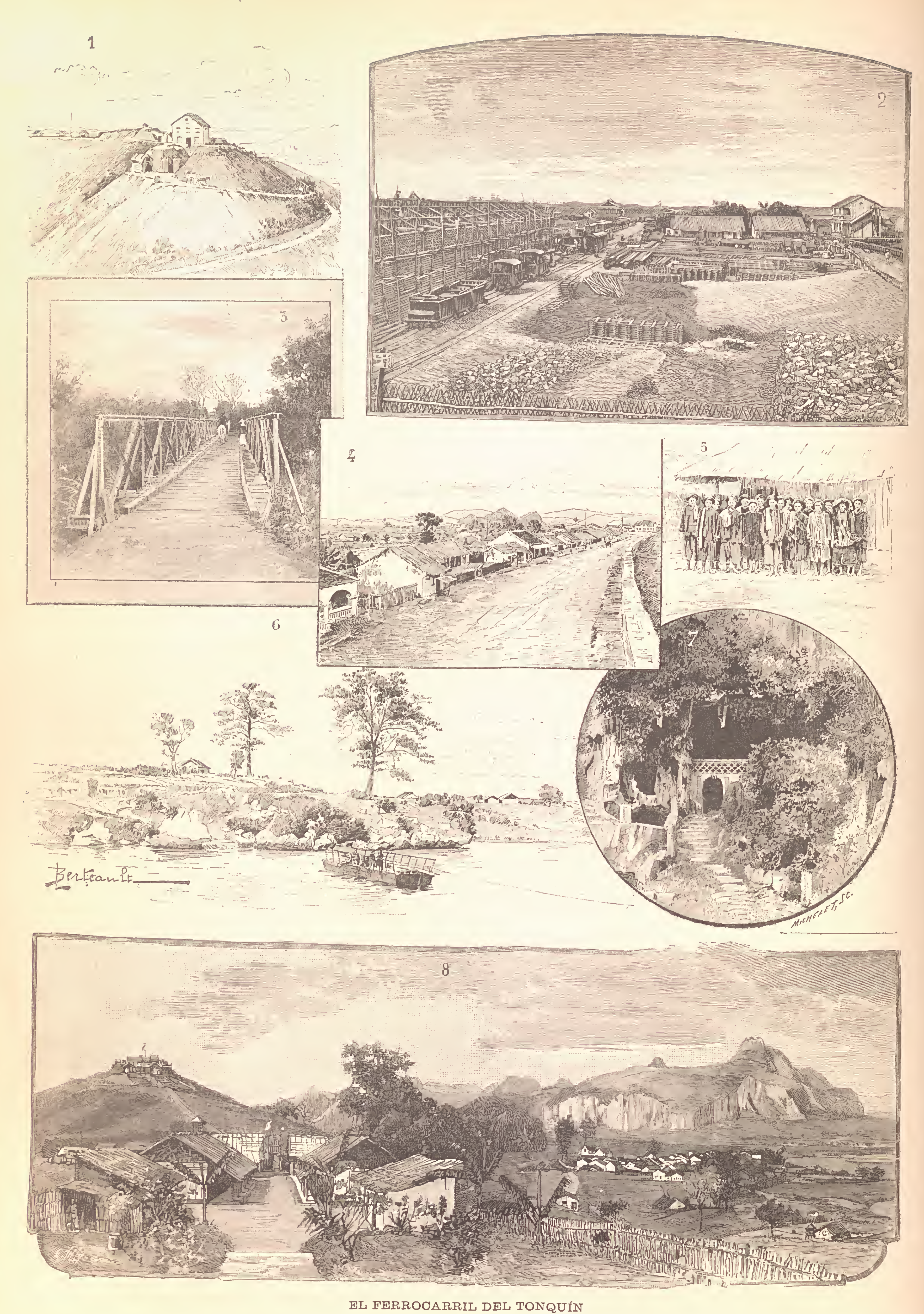
Cuanto hemos dicho se refiere al carnaval público, á las fiestas que se hacían al aire libre, en calles y plazas; mas en Roma había también un carnaval privado: en aquellos días se verificaban grandes fiestas domésticas, bailes y banquetes y representaciones de comedias, que han dejado justa fama, pero que no pocas veces dieron lugar también á desórdenes y crímenes que hicieron necesarias severas prohibiciones: batalladores como sus ascendientes, casi nunca pasaba baile sin riña ú homicidio. En 1635 fué muerto en uno de ellos el caballero Claudio de Maremont, pariente del embajador de Francia, por lo que dieron tormento y desterraron después al genovés Stefano Negrone, supuesto autor del delito, siendo azotada públicamente la dueña de la casa en que tuvo lugar la fiesta; en un banquete se produjo grandísima algazara porque el príncipe Constantino de Polonia se presentó en él acompañando á una amiga íntima suya, de tal clase, que constituía afrenta para las señoras allí reunidas. Ridolfino Venuti de Siena, dando cuenta á un amigo suyo de las fiestas carnavalescas de 1749, habla de varios desórdenes ocurridos en banquetes por si alguno tuvo puesta ó quitada la careta, de señoras despedidas de la salas por su conducta descompuesta, de doncellas que huyeron con sus amantes y de casadas que abandonaron á sus maridos, cosas que parece reservaban hasta los días de carnaval, sin duda porque la bulla y algazara multiplicaba las ocasiones, dando pábulo á la crónica escandalosa para todo el año.

Los cronistas de cuyas correspondencias y diarios hemos citado párrafos que prueban el carácter suntuoso de las fiestas carnavalescas de Roma, hablan también de bailes celebrados en los palacios apostólicos: en la descripción que uno de ellos mandó á la marquesa de Mantua, Isabel de Gonzaga, dándole cuenta de los festejos verificados con ocasión del matrimonio de su hija Leonor con F. M. de la Rovere, sobrino del pontífice Julio II, dice que la fiesta de aquella noche (13 de febrero de 1510) había resultado espléndida y cómo llamó la atención «*il ballare del cardinale Narbona, alla francese.*» En otra carta dirigida á la misma ilustre dama, se lee: «*Questa sera hanno ballato et gli era quatro cardinale che ballavano, come altri nobili vecchi et vescovi. Qui si sta in feste et in balli; ogni giorno si corre palii et il papa vol vedere ogni cosa.*» En vista de todo esto, no es aventurado afirmar que todos contribuían por igual á los festejos: las clases elevadas animaban á las inferiores, y aquellos días eran de continuas diversiones y pasatiempo, lo mismo para la corte y la aristocracia que para el pueblo.

Podríamos hacer larga enumeración de célebres representaciones dramáticas, hechas durante los días de carnaval; pero siendo ya demasiado larga nuestra relación, nos limitaremos á dar cuenta de una, famosa por todos conceptos; por el lugar en que se verificó, por el autor de la obra puesta en escena, por los artistas que hicieron las decoraciones y por el público que la honró con su presencia, gracias á los que resultó completo el cuadro de tal modo, que sería difícil conseguir uno semejante. Todos saben que el papa León X fué tan amante y tan decidido protector de las letras y las artes, que lo absorbieran más de lo que convenía para los negocios eclesiásticos de entonces. En aquella época no existía en Roma ningún sitio á propósito para las representaciones teatrales; interrumpida por algún tiempo la tradición dramática que habían mantenido los *Misterios*, Pomponio Leto y Verardi fueron los primeros que en Roma comenzaron á vivificar el teatro: el primero modernizó algunas comedias de autores clásicos, haciéndolas representar por estudiantes, el segundo hizo un drama alegórico para solemnizar la toma de Granada, pero ambos vieron sus obras representadas acá y allá, en la plaza de los Apóstoles, en el patio de la Cancillería, en el castillo de Sant' Angelo y siempre sobre tablados improvisados con malas cortinas y pocos trajes. El Vaticano fué el primer palacio en que puede decirse hubo un teatro serio y formal, debido á la munificencia del pontífice que siempre supo conservar vivas las gloriosas tradiciones de su familia, coadyuvado por el ingenio de Bramante que lo alzó entre el Belvedere y el apartamiento de los Borgias. Allí cada año tenían lugar representaciones dramáticas, hechas con gran lujo y exquisito cuidado; en 1518 se había representado la *Calandra del cardenal Bibbiena*, el 8 de marzo de 1519, lunes de carnaval, tuvieron lugar fiestas más completas que han dejado mayor fama; Baltasar Peruzzi había pintado el telón, haciendo campear la ridícula figura de fra Mariano Fetti, bufón ó juglar de la corte pontificia, que aparecía jugando con diablos y duendes, y para que no quedara ninguna duda declarábalo la inscripción «*Questi sono li capricci de fra Mariano.*» Rafael había pintado las decoraciones, y nuestros lectores podrán juzgar cómo serían, lamentando, como nosotros, que se hayan perdido aquellos ensayos notabilísimos de la escenografía primitiva, que tanto podrían servir para trazar la historia de este arte, tan adelantado hoy. A tal teatro, tal público: allí estaban aquella noche las personas más notables de la sociedad romana, que han dejado para la posteridad glorioso nombre: se hallaban presentes Cecilia Orsini, casada hacía poco



EL CARNAVAL DE NIZA.- LA BATALLA DE FLORES EN EL PASEO DE LOS INGLESES, dibujo de P. Comba



EL FERROCARRIL DEL TONQUÍN

1. El fuerte Briere de l' Isle. – 2. Phu-Lang Thuong, cabeza de la línea. – 3. Puente sobre el Song Hoa. – 4. Vista de Lang-Song. – 5. Una estación de los mon. – 6. El Song-Ki-Kung en el sitio en que fueron arrojados los cañones y las cajas de caudales en la retirada á Lang Song. – 7. Las grutas de Ky-Lua. – 8. Estación telegráfica y panorama de Dong-Dang

(De fotografías de M. J. Ferra.)



EL FERROCARRIL DEL TONQUÍN

1. Guardaagujas anamita.—2. Vista de Dong-Dang.—3. Vestigios de las antiguas demarcaciones de la frontera anamita.—4. Murallas y puerta de Tam Quan y camino de Lang-Song á Long-Tcheu.—5. Campo de Long-Tcheu.—6. El Song Ki-Kung en Ban Trich.—7. Panorama de Long-Tcheu. (De fotografías de M. J. Ferra.)

con Alberto Pío, que la acompañaba; Isabel Gonzaga, Victoria Colonna, Juana de Aragón, la princesa Marienne, Lucrecia Médici, María Bibbiena y muchas más: entre los hombres descollaban Miguel Angel, más que á nada, atento á la marquesa de Pescara, que lo tiene cautivado; Rafael, á quien incesantemente se vuelve la bella María Bibbiena, queriéndolo cautivar; los cardenales Cibo, Raugoni, Salviati, Cesarini, Bembo y Monte; los embajadores de España, Portugal, Ferrara y Boloña; monseñor Comaro, Luis Canossa, el obispo de Bayeux, Loufranco Spinala y Lippomano; el opulento banquero Agustín Chigi, en cuya *villa* pintó el sublime Urbinate el rapto de Galatea; Julio Romano, Pierin del Vaga, Penni y muchos más artistas y literatos que estaban en auge allí donde valían más los méritos del ingenio que la fortuna y las geneologías. A tal público, tal comedia; y aquella noche tocó el turno á *I Suppositi*, de Ariosto, joya del teatro italiano, tal vez un poco libre, pero bella siempre.

La parte más divertida del espectáculo, no fué ciertamente la comedia con que tanto habían reído; el programa anunciaba como fin de fiesta una *moresca*, especie de sainete con baile y pantomima; ninguno sabía cuál había de ser, el pontífice les reservaba una sorpresa. La noche antes se había representado la comedia de un pobre fraile; cuál fuera la obra no lo sabemos, es cierto sólo que no gustó, que el público salió aburrido; y el pontífice, disgustado, sin duda para escarmiento de malos autores y para resarcir á los concurrentes del mal rato que les había hecho pasar, dispuso que fuera protagonista en la *moresca* el desgraciado fraile que, descuidando su breviario, no supo aprovechar las buenas lecciones de Terencio y Planto, que tanto sirvieron á Bibbiena, Ariosto y otros. Y lo fué en modo triste: más expresivos que los términos que podríamos emplear, nos parecen los del embajador de Ferrara, Alfonso Paolucci, que dando cuenta del caso á su señor le decía: «*Il papa in cambio di Moresca fece balciar questo bon frate sopra una coltra, et dete una gran panciata sopra il tabulato della sena. Dipoi li fece tagliar tute le strenghe intorno, et tirar le calcie a li calcagni, et il bon frate ne morsicó di quelli palafranieri tre o quatro de mala sorte et fu necessitato tandem a montar a cavallo, et con le mane li furono date tante sculaciate, che siccomo me referto, li sono bisognate molte ventose, et su la schena et su le chiape, et stassi in lecto et non bene.*»

Si los riesgos de las representaciones desgraciadas fueran hoy los mismos, nuestros autores no se aventurarían: el ejemplo del buen fraile, como lo llama el embajador de Ferrara, les haría ser cautos, porque príncipes como León X no habían de faltar.

El carnaval terminaba con el fuego *dei Moccoletti;* el miércoles por la noche, al sonar el *Avemaría*, un cañonazo anunciaba que había concluído; toda bulla y algazara debía cesar, se acercaba el primer día de cuaresma, época de recogimiento y devoción para la que todos habían hecho méritos, dado que en aquel tiempo ninguno dejaba de divertirse. Sonada la señal todos encendían una vela pequeña y corrían apresuradamente de acá para allá, procurando uno apagar la del otro, hasta que un nuevo aviso de la boca de bronce advertía que la multitud debía dejar libre el Corso, que cada cual debía retirarse á su casa. Aventuraron algunos que el Moccoletto se encendía para acompañar el entierro del carnaval que había muerto; mas esto es una pura fantasía, inventada sin duda para disfrazar una costumbre pagana, que como todas, pasó al carnaval cristiano. Sería curiosa la historia de todas las transformaciones por que ha pasado; ella nos llevaría seguramente á ceremonias paganas, y en esta del Mocoletto hay que ver una reminiscencia de las prácticas con que se honraba y daba culto á Baco Nictolio. Los gentiles que lo adoraban corrían presurosos por la noche al templo, cada mujer se convertía en bacante, todos los hombres en faunos, y debía ser verdaderamente fantástico el espectáculo de aquella multitud, alegre por el vino, que se consumía en abundancia, agitando locamente las antorchas, procurando apagárselas mutuamente quién sabe con qué intención y para qué objeto.

. . . .

Así era el carnaval de entonces, que alcanzó tan justo nombre y que provocaba grandísima afluencia de gentes á la Ciudad Eterna. ¡Cómo han cambiado las cosas! ¡Qué desengaño tan grande sufren los extranjeros que llegan, creídos que, como en otro tiempo, las fiestas se suceden á las fiestas y que son muchas las mascaradas vistosas y los juegos y los bailes! Cansados de la eterna mascarada que es nuestra vida en la sociedad presente, cuando llegan los días tan aguardados antes para disfrazarse, todos permanecerían tranquilos, pero el comercio no puede descuidar ninguno de los elementos que le reportan ganancia: de aquí el movimiento inusitado de sociedades, juntas y comités, que se organizan para activar el carnaval; de aquí los elegantes y aun artísticos pasquines que tapizan los muros en mil partes, anunciando fiestas magníficas, bailes, mascaradas, que llegado el momento quedan reducidos á muy poca cosa.

Ya no hay carreras: el alma noble, grande y generosa de Pío IX prohibió que se hicieran de hebreos, y estos infelices pudieron quedar tranquilos, mucho más desde que el gobierno italiano, implantando en los antiguos Estados pontificios la legislación común del reino, los hizo considerar como á los demás ciudadanos: las de caballos fueron suprimidas en 1874, para evitar las muchas desgracias que ocurrían todos los años: las flores y confites han encarecido, y los días señalados para arrojarlos no se ven más que macillos formados con tronchos recubiertos con alguna que otra florecilla del campo y bolitas de yeso, que cayendo sobre los transeuntes ciegan al deshacerse y manchan el traje. Dividida la aristocracia en dos bandos, unos arruinados, otros no enriquecidos aún, los bailes particulares son escasísimos y, como en los públicos, la entrada al más caro cuesta dos pesetas y media, la aglomeración de gentes es tan grande que no se puede dar un paso en ellos, y revueltas todas las clases, cada cual manifiesta sus instintos, domados ó no por la educación, de donde resulta que no pocas veces las cañas se vuelven lanzas.

Las mascaradas son desfiles de teatro que se ven todo el año y que por tanto no llaman la atención; de modo que el antiguo carnaval murió, uno moderno no se ha inventado todavía y Roma, que ha ganado mucho desde un punto de vista, ha perdido la justa reputación de sus fiestas.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NUESTROS GRABADOS

La estrella de Belén, cuadro de Mariana Stokes. – Un tiempo hubo en que los asuntos religiosos eran tratados por los artistas con tan extremado misticismo, que en tales cuadros el elemento humano entraba, por decirlo así, en la menor cantidad posible: hoy, por el contrario, pocos son los pintores que al trasladar al lienzo algunas figuras ó escenas de nuestra religión saben desprenderse de toda influencia terrena y abstraerse hasta el punto de que sus creaciones resulten verdaderas idealidades. El espíritu de las distintas épocas, el influjo de las tendencias artísticas en cada una de ellas dominantes y otra porción de concausas, psíquicas unas, técnicas otras, han traído este cambio radical en la pintura religiosa. Sin entrar en discusiones acerca de cuál de esas dos escuelas merece preferencia, diremos únicamente que dentro del procedimiento moderno no han dejado de producirse valiosas joyas artísticas, pudiendo incluirse en el número de ellas el cuadro de Mariana Stokes, cuyas dos figuras se nos presentan habilísimamente trazadas y con intensidad sentidas, y son, como concepción, un dechado de delicadas bellezas y, como ejecución, modelo de sobriedad y de naturalismo de buena ley.

***

El carnaval de Niza. La batalla de flores en el Paseo de los Ingleses, dibujo de P. Comba. – En el número 214 de *El Salón de la Moda*, correspondiente al 7 de los corrientes, habrán leído nuestros suscriptores la interesante revista consagrada al carnaval de Niza, en la cual se describe, entre otras, la fiesta llamada batalla de flores, la más hermosa sin duda de cuantas se celebran en aquella aristocrática población, donde durante el invierno se congregan las familias más ilustres de Francia y del extranjero. Lo que en aquella revista se dice hace ociosa ahora la descripción del grabado que publicamos y que permite formarse una idea de esa fiesta, en la cual la colonia de forasteros residentes en Niza despliega notable ingenio en el adorno de los carruajes y derrocha verdaderas fortunas en la compra de flores que sirven de proyectiles en tan singular combate.

***

El ferrocarril del Tonquín. – Este ferrocarril, uno de cuyos trayectos se ha inaugurado recientemente, pone en comunicación á Phu-Lang-Thuong con la frontera franco-china. El trozo actualmente en explotación tiene una extensión de 16 kilómetros y va de Phu-Lang-Thuong á Kep: desde este punto á Bac-Lc la vía está en construcción y el resto es todavía objeto de los estudios preparatorios. Esta línea, cuya longitud total será de 116 kilómetros, tiene gran importancia desde el punto de vista mercantil, pues su cabeza se comunica rápida y fácilmente con Hai-Phong, el primer puerto de mar del Tonquín, y su otro extremo está situado en la orilla izquierda del Song-Ki-Kung, tributario del río Cantón, que es la llave del comercio con China. El ferrocarril cruza por una multitud de paisajes pintorescos: Phu-Lang-Thuong, cabeza de línea y puerto fluvial interior, llegará á ser el gran depósito de mercancías de la parte montañosa del Tonquín; el torrente del Song-Hoa, sobre el cual se construirá un puente á 20 metros sobre el nivel del agua y que hoy se atraviesa por medio de un puente provisional del sistema Eiffel; Thanh-Moi, llave de los grandes caminos que conducen á Lang-Song, situada en pleno territorio Tho, población aborígena amiga de Francia, que habita en grutas y cuya preocupación constante es ocultarse para evitar que le tomen rehenes; el fuerte Briere de l'Isle, construído en la cumbre de una colina y destinado á vigilar y prevenir cualquiera incursión de los chinos en territorio francés, y finalmente Lang-Song, residencia de una comandancia militar regional y de un gobierno de provincia indígena. El Song-Ki-Kung, sobre cuya orilla izquierda está emplazada Lang-Song, sigue hasta Ban-Trich y Long-Tcheu, donde forma con el Cao-Bang el famoso río del Oeste que atraviesa la China meridional para precipitarse en el mar en Cantón. Desde Lang-Song, el camino se prolonga por Dong-Dang y Ky-Lua: Dong-Dang, aldea de 300 habitantes, situada á tres kilómetros de la puerta y murallas de Nam-Quan, en plena frontera, es el centro de un primer mercado importante; Ky-Lua es una población célebre en los fastos de la conquista francesa para llegar á la cual es preciso atravesar el Song-Ki-Kung en el sitio mismo en que durante la retirada del general Negvier fueron arrojados los cañones y las cajas de caudales. En Ky-Lua son notables las admirables grutas consagradas al culto budista y convertidas en templos. A 72 kilómetros de Dong-Dang se encuentra That-Que, gran depósito comercial del Norte, y más allá, fuera ya del protectorado francés, Long-Tcheu, ciudad importante, de 25 ó 30.000 almas, considerable centro militar, mercado de primer orden y población industrial. Tales son los principales sitios que recorrerá el ferrocarril tonquinés ó que sentirán la beneficiosa influencia de este camino de hierro destinado á completar la obra civilizadora de los franceses en el delta del Tonquín.

***

D. Francisco Vidal y Careta y D. Francisco de Francisco y Díaz, autores de la música y de la letra respectivamente de la ópera «Cristóbal Colón.» – Hace poco tiempo publicaron algunos periódicos la noticia de que dos compatriotas nuestros peninsulares, residentes en la Habana, habían compuesto una ópera titulada *Cristóbal Colón*. Esta noticia, recibida en un principio como una de tantas, fué adquiriendo rápidamente mayores proporciones y el hecho á que se refería ha acabado por constituir un verdadero acontecimiento artístico á juzgar por lo que acerca de él han escrito los más reputados é imparciales críticos de la prensa habanera.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fiel á sus propósitos de consagrar su atención á cuanto significa un progreso ó una nueva y valiosa conquista en el terreno de las Bellas Artes, se complace en publicar los retratos de los autores de la ópera y algunos datos biográficos de los mismos y en dar algunos detalles acerca de su obra.

D. Francisco Vidal y Careta, autor de la música, nació en Barcelona en 1861 y desde la edad de cinco años dedicóse al estudio del piano, recibiendo lecciones sucesivamente de su padre, del maestro Querol, de Sabater, de Rachel y por último del eminente pianista y compositor D. Juan Bautista Pujol, en uno de cuyos concursos, el de 1877, obtuvo el primer premio. Al par de la música estudiaba el Sr. Vidal la carrera de medicina, que terminó en 1880, trasladándose entonces á Madrid, en donde en cinco años obtuvo el grado de doctor en medicina y de licenciado y doctor en Ciencias naturales. En 1885 ganó por oposición la cátedra de Paleontología estratigráfica de la Universidad de la Habana, que desde entonces viene desempeñando sin desatender por esto sus aficiones musicales, como lo prueban las numerosas piezas y bocetos de opera que tiene compuestos y sobre todo la partitura de *Cristóbal Colón* que de un salto le coloca en el número de compositores celebrados de alto vuelo.

D. Francisco de Francisco y Díaz, autor de la letra, nació en Ocaña (Toledo) en 1862, trasladándose á los pocos años á la Habana, adonde había sido destinado su padre, bizarro oficial de nuestro ejército. El joven de Francisco ingresó en la Academia Militar de aquella ciudad, saliendo de ella después de los cursos reglamentarios con el empleo de teniente de caballería. Siguió luego la carrera de derecho, obteniendo brillantes notas y numerosos premios y los títulos de licenciado y doctor, y no contento con ello licencióse y doctoróse en la facultad de Ciencias, sección de Naturales y alcanzó los títulos de perito y profesor mercantil y de perito químico. Ha publicado en importantes revistas notables trabajos y es autor de dos dramas y de varios estudios sobre asuntos históricos, militares, jurídicos y científicos. Ha sido catedrático supernumerario de Ciencias de la Universidad de la Habana, catedrático numerario de la Escuela de Artes y Oficios y juez municipal, y actualmente es fiscal en aquella Audiencia: la enumeración de otros no menos importantes títulos y cargos honoríficos que posee y desempeña nos llevaría demasiado lejos.

El argumento de la ópera *Cristóbal Colón*, cuyo libreto actualmente se está imprimiendo en castellano, italiano é inglés, es grandioso y se desenvuelve dentro de la verdad histórica, aparte de algún episodio que las exigencias de una obra teatral hace indispensable: abunda en situaciones dramáticas de gran efecto y se presta á grande y rico aparato escénico.

La música, según unánimemente reconocen todos los periódicos de la Habana, tiene originalidad é inspiración y demuestra conocimento de la técnica y de los recursos musicales. Entre los números que contiene cítanse como más sobresalientes una conmovedora *Avemaría*, un grandioso concertante, un hermoso brindis, una sentida aria, una delicada serenata y una originalísima danza de las flores. Para terminar este ligero análisis copiaremos las siguientes líneas que firmadas por el distinguido crítico *El conde Fabián* publicó *La Lucha*, uno de los periódicos de mayor circulación y respetabilidad de la capital de la isla de Cuba: «Obsérvase que el autor sigue la escuela italiana y que, inconscientemente tal vez, le inspira Verdi. Hay en *Cristóbal Colón*, empero, originalidad, una fuerza propia, vigor, riqueza melódica y lo que llamaría Clement ciencia del timbre.»

Y téngase en cuenta que cuantos hasta ahora han emitido sus juicios han tenido que partir solamente de la impresión producida por una audición al piano, lo cual permite suponer que la partitura del Sr. Vidal resultará todavía más perfecta cuando haya sido instrumentada.

Desde nuestras columnas felicitamos con entusiasmo á nuestros compatriotas y hacemos votos fervientes por que al celebrarse en Chicago el cuarto centenario del descubrimiento de América sea una de las solemnidades de aquella fiesta internacional el estreno de una opera en la que el genio de dos jóvenes españoles ha vertido su inspiración y su entusiasmo para conmemorar el hecho más grande de la historia de su patria y el de más trascendental importancia para la historia del mundo entero.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

LIBRO PRIMERO

I

Al llegar á la estación de Attigne, el coronel Francœur se apeó de un coche de primera causando en los empleados no poca admiración su elevada estatura, su ancho pecho y su aspecto de gigante bonachón, con su traje de paisano y adornado el ojal de la levita con la roseta encarnada. Tenía cabeza de lorenés, grande y angulosa, ojos azules con gruesos párpados, enorme mostacho rubio y tal expresión de ruda autoridad, que desmentía por otra parte cierto no sé qué de sencillo y bueno.

Saltando de uno de los coches de tercera, acudió al momento un diablo de ordenanza flacucho y zanquilargo, que vestía librea azul.

– Juan, díjole el coronel, ¡no nos esperan! Culpa mía es por haberme olvidado de poner el telegrama que ahora encuentro en el bolsillo del pardesú.

Allí estaba, en efecto, desde la víspera sin que el coronel se explicase cómo se había quedado allí cuando creía haberlo llevado él mismo á la oficina del telégrafo.

Y como el ordenanza permaneciera inmóvil, con la mano en la visera de la gorra, añadió:

– Arréglate como quieras; yo voy á pie.

– ¡Muy bien, mi coronel!

El jefe de la estación, que había oído el diálogo, descubrióse y preguntó respetuosamente:

– ¿Al castillo de Luzerme?

Y sin esperar contestación, añadió:

– Voy á enviar inmediatamente el equipaje que los mozos de la estación se encargarán de conducir.

Después, como para que se viese que sabía con quién estaba hablando, dijo:

– Todos estos últimos días le han esperado á usted, señor conde.

Un ruidoso aullido le desconcertó; un perro enorme, de pelaje leonado y blancos colmillos, saltando fuera de la perrera, precipitábase hacia el coronel, ladrando alegremente.

– ¡Aquí, Tigiale!, gritó el coronel; y acercándose á la puerta de salida, preguntó cuál era el camino más corto. El jefe de la estación apresuróse á indicárselo, extendiendo el brazo y dando minuciosas explicaciones.

En aquel momento, un viajero que había estado escuchando, mientras se dirigía lentamente hacia su tílburi inglés, que un *groom* custodiaba, volvió la cabeza y dijo, descubriéndose respetuoso:

– ¡Mil perdones! Si yo osase..... Soy Jugaud, vecino y compañero de caza del señor vizconde de Francœur, y como precisamente esta tarde tendré el gusto de comer en el castillo, si me fuera permitido ofrecer á usted un sitio en mi coche.....

Joven, moreno, de cabello corto y recio, ojos encarnados y prominente mandíbula, Jugaud tenía cierta expresión de suficiencia y un aire algo tonto cuando sonreía.

– Gracias, caballero, contestó el coronel, mirando de pies á cabeza al desconocido y á su pequeño lacayo, y fijando después la vista en el minúsculo vehículo y en las maletas que en él acumulaban; temo molestar á usted, y por otra parte, no me disgustará andar un poco.

Y después de dirigir algunas palabras corteses al joven y al empleado, saludóles y se internó, precedido por su perro que á más y mejor corría por el atajo á cuyos lados crecían hermosos rosales silvestres.

La campiña extendíase desierta ante sus ojos, sin un soplo de aire, y sumida en ese silencio singular que causa extrañeza á los que llegan á ella acostumbrados al ruido de las ciudades. Los repliegues del terreno, parduscos y amarillentos, formaban diminutos vallecitos; el sol de las cuatro de la tarde difundía sus rayos cálidos de color cobrizo, y los árboles de los bosques destacábanse en lontananza, mientras que los campos floridos, los altos montones de paja, los caminos flanqueados de manzanos y el ruido del agua que en multitud de sitios corría atestiguaban la fertilidad de aquel territorio de las Ardenas. El grito de la codorniz resonaba entre los matorrales, el cielo de agosto tenía un color azul puro y en varios sitios agrupábanse algunas nubes blancas, al paso que otras muy pequeñas se elevaban hacia Poniente franjeadas de una línea de oro.

El coronel Francœur, hombre de alma cándida, se penetró, si no de la belleza, por lo menos de la dulzura de aquel paisaje, creyendo reconocer su Lorena, á la cual profesaba un cariño infantil porque había nacido en ella y un culto de soldado por haberla mutilado el enemigo.



La campiña extendíase desierta ante sus ojos

De su padre, muerto hacía largo tiempo y que fué uno de los grandes propietarios de los alrededores de Toul, había heredado un religioso respeto hacia el terruño, y todo cuanto éste producía de bueno y nutritivo para hombres y animales le enternecía vivamente. También recordaba sus alegrías de muchacho, cuando le dejaban libre en el huerto y en el inmenso jardín donde se embriagaba de aire y de luz, y cuando se escapaba para ir, á la cabeza de los galopines del pueblo, á coger nueces ó á darse de mojicones con los chicos más crecidos de la vecina aldea. Al pensar en todo esto, conmovíale aún más la naturaleza, y en las grandes maniobras prohibía severamente á sus coraceros el merodeo de fruta y el menor destrozo en los campos.

Aquella campiña desconocida, á través de la cual avanzaba á buen paso, producíale un inmenso bienestar, comunicándole alegría y vigor; aspiraba á plenos pulmones el aire sano y perfumado de miel, del que se exhalaba una frescura de hierba; cogía algún tallo verde en los arbustos, le mordiscaba, y saboreaba el gusto amargo de la savia. El guarda de campo le saludó al paso; después vió una anciana doblegada bajo el peso de un costal de patatas, y se alegró de estos encuentros. Entonces recordó caras olvidadas de los arrendatarios y campesinos del tiempo de su padre, y sintió impresiones que le parecieron nuevas después de veinticinco años de servicio militar.

Su insólita libertad, los tres meses de licencia que á instancias de su hermano había consentido en pedir, le llenaban de alegría, y él, tan prendado y celoso de su regimiento, pensó sin pesar que durante aquellos tres meses no tendría que concurrir á la revista de la mañana y que el teniente coronel le reemplazaría en su cargo. Por primera vez el rostro de sus oficiales, el cuartel, las revistas, los numerosos detalles de su mando, las calles y los habitantes de Verdún, donde estaba de guarnición, fueron para él cosas indiferentes, y no pensó más que en el placer de ver de nuevo á su hermano y trabar más amplio conocimiento con su cuñada.

Apenas los había abrazado algunos meses antes á su regreso de la Martinica, al cabo de una ausencia de ocho años. El género de vida, por otra parte, y la diferencia de edad habían mantenido siempre lejos uno de otro á los dos hermanos, que no por eso dejaban de profesarse entrañable cariño. Y he aquí por qué, después de tan larga separación era para ellos una alegría imprevista reunirse aquel año en casa de los Fabvier, suegros de Marcos, ricos criollos que, proponiéndose vivir en Francia, habían comprado el castillo de Luzerme, á tres horas de Givet, para pasar allí los veranos.

El coronel llegaba á un camino que cruzaba por entre campos de remolacha: el lindero de un fresco bosque proyectaba un margen de sombra, y sobre un riachuelo en cuyas orillas ondulaban como serpientes hierbas acuáticas, arqueábase un puentecillo alquitranado. Muy pronto vió destacarse el campanario de una iglesia y tejados parduscos; un sendero se prolongaba por debajo de algunos sauces, y era un atajo que conducía á la finca de los Fabvier. Tigiale, jadeante y con la lengua fuera, iba detrás de su amo. El señor de Francœur, que le profesaba mucho cariño, acaricióle con bondad, y contento porque se acercaba al castillo sonrió, pensando en aquel telegrama olvidado en su bolsillo, que le permitía presentarse sin ser esperado y sorprender á aquella gente.

Sin embargo, un pensamiento más serio se mezclaba con su satisfacción: era ese recuerdo reflexivo del pasado que la edad madura evoca con frecuencia; ese vago pesar por la juventud pasada y el tiempo que fué, y también el sentimiento de cuanto ha habido de incompleto, inoportuno y estéril para los suyos ó para sí propio hasta en las existencias menos dignas de compasión.

En el sendero resonó de pronto una campanilla

como las que llevan las vacas, y un momento después apareció un monaguillo, con la cruz alta, precedido de un anciano sacerdote, que con la estola al cuello y el santo copón en la diestra, apresuraba el paso para llevar el Viático á un moribundo. Saludó, cerrando los ojos, al Sr. de Francœur, que estaba inclinado y descubierto; el monaguillo se volvió para admirar el perro, y los dos desaparecieron después entre los sauces.

Este encuentro causó cierta melancolía en el corazón del coronel, que se sintió invadido por profunda tristeza, recordando á su madre: ésta, que había muerto el año anterior, vivía con él, gobernaba su casa y al desaparecer había dejado un gran vacío. No se consolaba de aquella pérdida, primeramente por culto filial, y después porque le hacía sentir cruelmente el peso de su soledad desamparada y de su fría vida de solterón. Este pesar, que no le abandonaba hacía más de quince meses, recrudeciósele entonces y se tradujo por una ligera tos seca, muy significativa en el coronel en los casos de apuro ó de emoción y bien conocida de sus oficiales.

Mas por un esfuerzo de virilidad desechó estos recuerdos irguiendo su busto de verdadero militar, y su corazón y su afecto refluyeron naturalmente hacia aquellos á quienes iba á ver de nuevo.

Se los representó en el pasado, en la gracia de su juventud, tales como eran al contraer matrimonio: su cuñada, oriunda de la Martinica, viuda joven, de rostro pálido y admirables ojos negros, y su hermano Marcos, con su grave y discreta elegancia de agregado de embajada. Aquella visión, que había conservado durante su ausencia, subsistía en él, por más que Marcos hubiese renunciado á la diplomacia hacía largo tiempo y á pesar de la evidente transformación que ocho años de matrimonio y la vida de molicie en las colonias debían haber operado en ellos. – ¡Ocho años ya! ¡Cómo avanzaba el tiempo!

Cierto temor de envejecer le hizo fijar la atención en sí mismo: su fuerza le tranquilizó; no estaba nunca enfermo; la agilidad de sus movimientos armonizaba con su contextura de atleta; no engordaba; sus formas se mantenían en la debida proporción, gracias al ejercicio diario, y conservaba esa segunda juventud de los hombres que no han abusado de la primera. Su fuerza, de que tan orgulloso estaba y que le había conquistado no poca fama en el ejército, no había disminuído en nada, manteníase entera como una reserva para el porvenir.

A su izquierda aparecieron de pronto las paredes de un parque, que en vez de fragmentos de vidrio ostentaban en lo alto una capa de musgo amarillento, sembrada de campanillas azules. A las paredes sucedió una empalizada, cuyas puntas ocultábanse bajo una bóveda de capuchinas y de guisantes de olor y detrás de la cual se extendía un pequeño prado oval, cubierto de fino césped inglés, entre cuatro ángulos formados por otros tantos macizos de acacias blancas y de ébanos amarillos, que sombreado por obscuros tejos servía de cuadro al enarenado camino que al castillo conducía. En medio de un grupo de tilos alzábase el edificio de ladrillos rojos, esbelto, con tejado de pizarra y cuatro torrecillas laterales, reflejándose en un estanque, que más pequeñas y confusas é invertidas reproducía sus formas entre las verdes sombras de las copas de los árboles. El conjunto tenía cierto aire lujoso y de buen gusto; ofrecía un aspecto de felicidad.

Una verja de puntiagudos barrotes estaba entreabierta; por ella penetró el coronel.

II

El Sr. de Francœur se sintió como en su propia casa, dominado desde el primer momento por la simpatía que á menudo inspiran los objetos.

Por todas partes le rodeaban rosas en completa florescencia; rosas de color de rosa, encarnadas, de color granate y amarillas, que esparcían un aroma embriagador y á cuyo lado crecían heliotropos que exhalaban su penetrante perfume. Aspirábase allí esa esencia que flota en el tocador y que de la mujer se desprende, esa impresión suave, tal vez demasiado voluptuosa, ese incienso ligeramente sensual de bienvenida que al Sr. de Francœur le pareció en extremo dulce: tanto le enternecía la emoción al sentirse cerca de los suyos.

Miraba á su alrededor, esperando que se le apareciese alguien, su hermano ó su cuñada, al revolver de un sendero, y de antemano se imaginaba su regocijo. Tal vez se levantaría la cortinilla de alguna ventana; unos ojos amigos le reconocerían y correrían á su encuentro. Cuanto más avanzaba mezclábase más con su esperanza esa vaga inquietud que precede al momento en que se ha de volver á ver á seres queridos y en la que hay á la vez impaciencia y duda, cual si se temiese alguna decepción, como por ejemplo, hallar ausentes ó enfermos á aquellos cuya presencia se desea. Esta idea le contristó, no porque el Sr. de Francœur fuese impresionable y nervioso, sino porque dentro de aquel cuerpo vigoroso se encerraba un corazón todo bondad y ternura.

Por esto en medio del silencio y del vacío de aquella extensa propiedad comenzó á sentirse fuera de su centro, al pensar que no le esperaban, y un poco de esa timidez que á veces experimentan los más audaces le hizo acortar el paso y seguir un sendero lateral, porque las ventanas de la casa con sus ojos de cristal le molestaban.

El aire puro difundía á lo lejos esos sonidos que indican el movimiento y la vida: percibíase el rumor producido por una arrastradera al nivelar la arena de un sendero y el ruido de las ruedas de un coche que entraba en la cuadra, y de repente, detrás de una espesura hacia la cual saltaba Tigiale, apareció un vestido blanco y se oyó un grito de temor. El coronel se precipitó hacia aquel sitio, y al verle, una hermosa joven de elevada estatura, á quien la irrupción del perro había sobrecogido, dejó caer en su sobresalto un enorme manojo de rosas que acababa de cortar y tenía en sus brazos. Las flores se diseminaron á los pies de la joven que, confusa y ruborizada, con la boca entreabierta y una expresión de espanto en sus ojos, asemejábase á la diosa del Pudor sorprendida de improviso.

El Sr. de Francœur balbució algunas excusas, que la joven en su turbación apenas oía, é inclinándose presuroso comenzó á recoger las rosas esparcidas por el suelo.

– ¡Caballero, dijo la joven, no se moleste usted!

La que esto decía llevaba unos zapatitos de cuero amarillo con hebillas muy finas, y el coronel lo observó involuntariamente. La joven se había inclinado para ayudarle, y los dos, un poco demasiado próximos, se pinchaban repetidamente las manos con las espinas, pronunciando palabras sin ilación y cometiendo esas leves torpezas, no sin encanto, que se observan en ligeros incidentes más ó menos ridículos de la vida.

– Dispense usted, caballero, y gracias, dijo la joven, incorporándose.

Y con una sonrisa de excusa, un poco desmentida por el vivo movimiento de párpados y las palpitaciones de su seno, añadió:

– ¡Qué tonta he sido en atemorizarme por este buen perro!

Al decir esto, contemplaba á Tigiale con la simpatía, algo recelosa, que inspiraban sus ojos rojizos, su corpulencia y sus colmillos de lobo; mas el «buen perro,» poco seguro á su vez, observaba con suma atención los ademanes de su amo, cuyo rostro distaba mucho de expresar bondad; y cuando le vió sacar del bolsillo un pequeño látigo de cuero blando, comenzó á temblar de pies á cabeza.

– ¡Oh, caballero, no le castigue!, exclamó la joven.

– Por consideración á usted, señorita, no le doy su merecido, repuso con gravedad el coronel.

Y poniendo el látigo en la boca del perro, le ordenó que lo depositara á los pies de la joven, lo cual hizo Tigiale con el cuerpo tan agachado, que su vientre tocaba al suelo.

– ¡Pobre animal!, exclamó aquélla. ¡No, ya se ve que no es malo! Sin duda quería retozar un poco, ¿no es verdad, hermoso perro?, añadió. ¿Cómo te llaman?

Y prodigábale caricias, mientras que el can lamía humildemente la punta de sus zapatitos amarillos. Gracias á Tigiale, los dos actores de esta escena imprevista recobraban su aplomo, con la curiosidad de conocerse; así es que el coronel contestó á la pregunta de su interlocutora, diciendo:

– Mi perro, señorita, se llama Tigiale, y yo soy el conde de Francœur.

La joven le dirigió una rápida mirada de asombro y de alegría, exclamando:

– ¡Oh, qué contentos van á estar!

Y el coronel, complacido también de la juventud y de la vida luminosa que su interlocutora difundía y curioso por saber su nombre, aunque sin atreverse á preguntarle, repuso:

– ¿Cómo siguen?

– ¡Oh, muy bien, caballero! Precisamente Lilia acaba de entrar con sus padres; he oído el coche en que han venido.

– ¿Y mi hermano?

– Le encontrará usted en el terrado con la baronesa de Brettes, la señora de Jumiege y mi tía.

– ¿Su tía? ¿Tengo, pues, el honor de hablar con la señorita de Kerjuzan?

– Sí, caballero, contestó la joven ruborizándose un poco.

Aquellas señoras que él no conocía eran primas de Lilia, que habían regresado de la Martinica con los Fabvier é iban á pasar el verano en el castillo. El coronel no ignoraba esto, pero lo había olvidado y aún le quedaba una duda.

– ¿No tiene usted una hermana muy joven, señorita?, preguntó:

– No, caballero, contestó la interpelada, mirándole con curiosidad. ¿Por qué?

– Mi hermano me escribió... Yo creía... ¿Quién es, pues, esa señorita Ivelina que no cuenta todavía diez y seis años?

– Yo soy, caballero...

Y al decir esto, sus mejillas tomaron el color de las rosas que tenía en las manos. Su pudor virginal se turbaba siempre ante la admiración involuntaria y lisonjera que se manifestaba al verla ya mujer, desarrollada como á los veinte años, gracias á su origen criollo, bajo aquel sol de las colonias que hace brotar flores de gran tamaño y madura precozmente los frutos.

– ¡Oh! Dispense usted señorita, dijo el coronel con expresión de profundo respeto.

Ahora se explicaba la belleza de su color pálido, admirando la negra trenza de su cabello; y su aspecto vaporoso de virgen, con el vestido flotante, parecíale, en su libre ingenuidad, lleno de sencillez y de nobleza. Sorprendíale sobre todo por lo natural, por la expresión de candidez que raras veces había observado en las jóvenes de la alta sociedad y por sus ojos transparentes como los de un niño. El ramo de flores que tenía en los brazos exhalaba un perfume suave y penetrante; hubiérase dicho que Ivelina se llevaba consigo todo el jardín.

– ¡Qué rosas tan magníficas lleva usted!, exclamó el coronel con una admiración que no por referirse á las flores dejaba de comprender á la joven.

– ¡Le agradan tanto á la señora de Francœur!, contestó la señorita de Kerjuzan con cierta reserva.

– Pero se ha pinchado usted, añadió el coronel, fijando su atención en un punto de sangre, como una cabeza de alfiler, que veía en su mano.

– ¡Oh! No es nada, contestó la joven en voz muy baja.

Y como llegasen, dirigiéndose al castillo, á una plataforma de grava donde había varios invernaderos en cuyos cristales se reflejaban los rayos del sol poniente, atravesando entre grandes cajones con naranjos, la joven inclinó ligeramente la cabeza diciendo:

– Allí, al final de esta avenida encontrará usted el terrado, caballero.

– Mil gracias, señorita, contestó el coronel, saludándola respetuosamente mientras se alejaba.

Este breve encuentro dejó en el Sr. de Francœur el encanto de la sorpresa, y aún creía percibir en el aire una estela odorífera. La gracia de aquel bello rostro le pareció un feliz presagio de su llegada, y buscaba con los ojos á su hermano para abrazarle. ¿Quién de ellos vería primero al otro?

III

No fué por cierto Marcos, que estaba de espalda, jugando al volante con dos señoras colocadas frente á él y enviándose mutuamente unas como blancas avecillas que parecían revolotear entre los jugadores. El Sr. de Francœur fué visto muy pronto; Marcos se volvió, y levantando los brazos alegremente, corrió hacia él. Hubo una ligera vacilación, hija de la cortedad de abrazarse delante de testigos; pero venció el cariño y se abrazaron estrechamente.

– ¡Qué grata sorpresa!, exclamó Marcos. ¿Por qué no has avisado?

Y sin esperar explicación, añadió:

– Permíteme que ante todo te presente á estas señoras.

El coronel se inclinó, y las damas sonrieron. La baronesa de Brettes, pequeña y rubia, con la nariz remangada y ojos de un color azul muy pálido, tenía cierta expresión burlona y atrevida. La señora de Jumiege, ni linda ni joven, pero de formas muy agraciadas, vestía con elegancia.

– He interrumpido vuestra partida, dijo el coronel, mostrando cierto sentimiento de cortesía.

En efecto, parecíale haberlos molestado; pero ninguno manifestaba enojo y todos seguían sonriendo. Sin embargo, su llegada había roto el frágil lazo que une á los seres en sociedad, y aunque Marcos parecía estar muy contento, su alegría no se traducía en expresivas demostraciones de afecto.

– ¿Has visto á Lilia y á mis suegros?, preguntó.

– A nadie, pues acabo de llegar, repuso el coronel.

Y siguió la mirada de Marcos que se dirigía instintivamente á la baronesa de Brettes, la cual se había acercado á una mesa, donde se veía una bandeja, vino de Jerez y hielo.

– ¿Quiere usted beber, conde?, preguntó la dama familiarmente.

El coronel dió las gracias.

– Entonces nos vamos á interrumpir la partida de billar que con aquellos caballeros está jugando su esposo de usted, dijo sonriendo la baronesa á la señora de Jumiege, en compañía de la cual desapareció.

Marcos las vió alejarse, y después volvióse hacia su hermano; su fisonomía había cambiado completamente; en aquel momento era el verdadero Marcos, sin la obsequiosa sonrisa mundana del hombre delante de la mujer, el Marcos franco y libre, con su risueña ligereza y su gracia cariñosa.

– ¡Ven, dijo á su hermano, ven pronto!

Y apresuró el paso, sin fijar la atención, al parecer, en dos señoras ancianas que salían de uno de los invernaderos bastante lejano.

– Es la señora de Kerjuzan, dijo Marcos; ya tendrás tiempo de verla á la hora de comer.

– ¿Y la otra?

– Nadie de particular; es la acompañante de la baronesa.

Y añadió seguidamente:

– ¡Ah, mi buen Roberto, qué contento estoy! ¡Qué bien has hecho en llegar así! Lilia se alegrará mucho, y no menos las niñas, pues no hacen más que hablar de su tío el coronel. ¡Cómo vamos á divertirnos! Ya era hora de que nos viéramos. Ahora está la familia completa.

– No toda, repuso el coronel.

Esta alusión á la muerte de su madre impresionó á Marcos; los dos hermanos se estrecharon la mano con efusión y así cogidos echaron á andar con paso lento hacia la casa.

– ¡Querido hermano!, dijo Marcos á media voz.

Después de franquear una escalera revestida de hiedra, penetraron por una puertecita, cruzaron la sala de armas, llena de panoplias y de floretes, y después una habitación donde en armarios de cristales veíanse equipos y escopetas. Sus miradas se encontraron, prometiéndose simultánea y silenciosamente buenos asaltos de armas y cacerías. Luego se introdujeron en un corredor y desasiéronse las manos delante de una puerta, en la que Marcos llamó.

Una linda doncella apareció al punto; y habiéndole preguntado si se podía entrar, contestó:

– La señora está vistiéndose.

Marcos hizo un gesto de contrariedad, y después de contestar: «¡Oh, si es así...!» con una sonrisa que indicaba que habría para mucho tiempo, añadió:

– Ven, Roberto; voy á enseñarte tu habitación.

– Pero ¿y los señores de Fabvier?, dijo el coronel.

Marcos consultó su reloj.

– Ahora los molestaríamos, contestó, pues tienen costumbres especiales que no les gusta ver alteradas.

El Sr. de Francœur se volvió; Tigiale, en el que ya no pensaba, había desaparecido, y Marcos interrogó á un criado que pasaba, y por él supo que el perro estaba abajo, con el ordenanza del señor conde, que acababa de llegar con el equipaje. Dióse orden de subir éste, y mientras Juan desempaquetaba, con manos expertas que para todo servían, la ropa blanca, la de vestir y unas grandes cajas, los dos hermanos pasaron á un salón que Marcos había convertido en taller de pintura.

A lo largo de las paredes pendían algunos cuadros; en un rincón veíanse cartones de estudio; en su caballete un lienzo bosquejado; en un diván reposaba un traje japonés, rico y usado, que servía sin duda de modelo, y un maniquí levantaba al aire sus brazos rígidos de esqueleto de madera.

– ¡Oh! Veo que pintas mucho, dijo ingenuamente el coronel, que nada entendía de artes y á quien aquella aptitud, tan desarrollada en Marcos, inspiraba cierto respeto.

– No hago más que pintarrajear, repuso el hermano con modestia. Ahí tienes en las paredes algunas vistas de San Pedro.

Y señalando la figura de una mujer casi desnuda, cuyo bosquejo sobresalía en el caballete, preguntó al coronel, después de colocarla de modo que recibiese mejor luz, qué le parecía.

Entonces el señor de Francœur se encogió de hombros, buscando un elogio.

– Es una modelo que hice venir de París.

– ¡Ah!, exclamó el coronel admirado. ¿Un modelo... vivo?

Marcos miró á su hermano con expresión de contento, estrechándole en sus brazos cariñosamente.

– Sin duda, contestó. ¡Mira, ahí la tienes otra vez!

Y enseñábale varios estudios que representaban la misma mujer, pequeña y desnuda, inclinando su perfil, sus hombros y todo su cuerpo en actitudes un tanto libertinas.

– ¡Oh! ¡oh!, exclamó el Sr. de Francœur. ¿Y qué dice tu mujer á esto?

– ¿Qué quieres que diga?, contestó Marcos, dirigiéndose al fondo del taller en busca de otro lienzo.

– ¿Conoces tú esta figura?, preguntó á su hermano enseñándosela.

El coronel pensó que era el retrato de su cuñada ó de los niños, y sonrióse al pronto; pero guiñó los ojos, un poco desconcertado al reconocer en el bosquejo á la baronesa de Brettes.

– ¡Ah!, exclamó. ¿Es... esa señora?...

– Sí, contestó Marcos con cierto aire de complacencia; es una mujer encantadora. ¡Cuando tú la conozcas!... Vive en el castillo de Jozeu, á media hora de aquí: su esposo, que es senador, viaja por Austria, y la ha dejado con una tía enferma, á la cual piensa heredar. A no ser por nosotros, se aburriría mucho. ¡Lástima es que á su edad tenga un marido viejo, avaro y gruñón! La baronesa es tan fina é inteligente, que de seguro te agradará.

El coronel no contestó; todo esto le sorprendía.

– ¿Recibes muchas visitas?, preguntó.

– No; hoy no vienen á comer más que la baronesa, los Jumiege, el juez de paz y un primo de la baronesa de Brettes, el Sr. Jugaud que, entre paréntesis, no me acaba de entrar.

El Sr. de Francœur se acordó del sujeto que le había ofrecido un asiento en su coche.

– Por lo demás, eres libre de hacer lo que quieras, continuó Marcos; aquí no hay cumplidos; si no tienes ganas de ponerte la levita, no te la pongas.

(Continuará)



Al verle, una hermosa joven de elevada estatura dejó caer un enorme manojo de rosas (pág. 188)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL LENGUAJE DE LOS MONOS

El lenguaje articulado es reconocido como la única facultad característica del hombre, como la línea de demarcación entre éste y los animales; pero esta línea ¿significa un abismo entre uno y otros? ¿Existen, por el contrario, esbozos de lenguaje articulado que llenando este vacío conducen insensiblemente desde el lenguaje de los animales al idioma de Demóstenes?

Lenguaje en el sentido general es un conjunto de gestos, vocales ó no, ejecutados por un animal bajo la influencia de ciertas ideas y capaces de hacer nacer otras iguales en un segundo animal: tal el de los conejos al golpear con las patas el suelo de su madriguera para expresar é infundir en sus compañeros las ideas de miedo y de fuga; tal el de las hormigas al transmitirse sus pensamientos por medio del movimiento de las patas y de las antenas. Pero estos y otros análogos lenguajes no permiten expresar muchas ideas.

Muchos animales, sin embargo, dominados por una emoción intensa, emiten sonidos vocales, y este acto se convierte en algunos en costumbre, sobre todo en los que viven en sociedad, como el buey, el carnero, etc., y estos sonidos no son sino gestos suplementarios que necesitan cierto grado de excitación ó de actividad cerebral, razón por lo cual el perro salvaje no ladra. El gesto vocal, como los demás, es el resultado de una acción muscular consecutiva de un estímulo intelectual, y se presenta en el mono siempre que éste experimenta alguna emoción viva

Por otra parte, la serie de gestos que simultánea ó sucesivamente ejecuta un animal está íntimamente ligada con la conformación de los músculos y nervios, desde los de la cara á los que dependen de los aparatos respiratorio y vocal, y como esta conformación es idéntica ó muy parecida en el hombre y en el mono, de aquí que la serie de gestos sea en éstos idéntica ó muy parecida también. La observación así lo demuestra: un chimpancé á quien se hace cosquillas en el sobaco, suelta una carcajada característica y emite sonidos alegres; el cebú y el babuino ofrecen el mismo juego de fisonomía que el hombre en iguales circunstancias. Y como las contracciones de la cara preceden y producen ciertas contracciones de los músculos fonéticos, la misma emoción que se traduce por gestos idénticos debe manifestarse asimismo por idénticos sonidos.

Ahora bien: si un animal tiene para cada idea un gesto vocal capaz de hacer nacer en un semejante suyo la idea que lo origina, posee un verdadero lenguaje vocal muy comparable con el del hombre, del que sólo difiere por un grado de evolución menos avanzado, y los que han observado á los animales saben que el grito de muchas aves varía según sus emociones y necesidades. Los monos han sido objeto de múltiples observaciones que un naturalista americano, Garner, ha completado de un modo ingenioso y nuevo que abre anchos horizontes para el porvenir, valiéndose á este efecto del fonógrafo. Este instrumento colocado en la jaula de un mono registraba los distintos sonidos por éste emitidos: puesto luego en la de otro cuadrumano, éste pareció muy sorprendido, observando el aparato y demostrando sin ningún género de duda que reconociendo la voz de uno de sus camaradas, admirábale en extremo no verlo. La fig. 1. reproduce la extrañeza de un mono capuchino delante del fonógrafo.

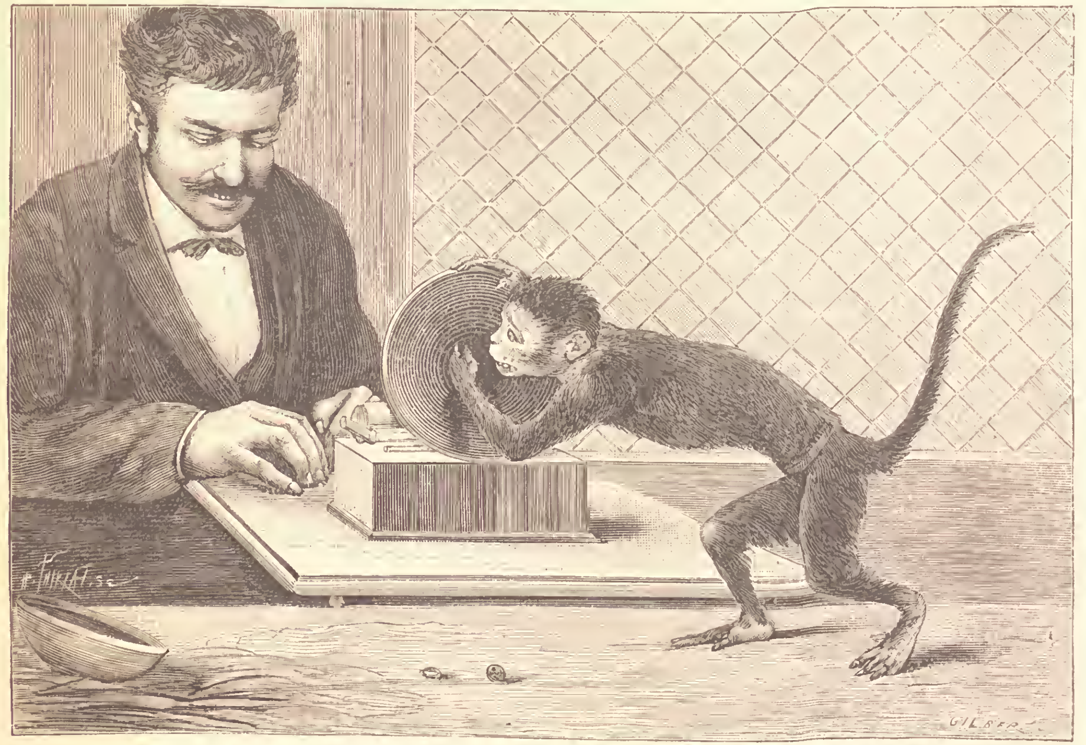


Fig. 1. – Mono examinando el fonógrafo que reproduce los sonidos tomados de otro mono
(De fotografía-instantánea de M. Ottomar Ansschutz.)

Garner pasó además muchas horas estudiando los sonidos fijados en el fonógrafo, algunos de los cuales consiguió imitar. Entonces delante de algunos amigos anunció cuál palabra del lenguaje de los monos iba á pronunciar y cuál era su significado, según sus anteriores observaciones, é introduciéndose en la jaula de un capuchino reprodujo el sonido que, á su entender, significaba *leche*. «Mi primer esfuerzo – dice – hizo volver la cabeza al animal, que fijó en mí su mirada: repetí tres ó cuatro veces la palabra y me respondió distintamente con la misma de que me había servido; luego cogió una cazuela en la que le daban de beber, y al repetir yo la palabra colocó aquel utensilio junto á los barrotes y dejó oir el mismo sonido. Entonces el guardián llevó leche que el mono bebió con avidez, y cuando la hubo concluído tendió la cacerola vacía y repitió tres ó cuatro veces la palabra que pronunciaba siempre que quería leche. Después pronuncié ante mis amigos, pero sin que la oyera el mono, otra palabra que me parecía que significaba *comer*, y alargando un plátano al animal éste repitió el mismo sonido. Varios experimentos repetidos me demostraron que se servía de la misma palabra para manzana, pan, etc., de donde deduje que significaba *alimento*, *hambre*, *comer*.

Las figuras 2 y 3 representan monos que comen y beben.

Garner conoce ocho ó nueve sonidos que considera como otras tantas palabras del lenguaje de los monos, palabras articuladas puesto que las reproduce por medio de la escritura en sílabas compuestas de vocales y consonantes. Si no fuese prematuro tomar al pie de la letra los curiosos experimentos de Mr. Garner, podríamos decir que los monos tienen un lenguaje articulado. El mismo hecho de emitir sonidos articulados no parece tan capital como pudieran creer los que juzgan que sólo el hombre posee tal lenguaje. Hay hombres que apenas tienen lenguaje articulado, como por ejemplo los bosquimanos, y en cambio hay animales que lo poseen, como el mirlo, el estornino y sobre todo el loro, lo cual demuestra que no carecen del material necesario para la articulación.

Se dirá que el número de palabras articuladas de los monos es escaso, pero téngase en cuenta que los salvajes no poseen muchas y aun los pueblos civilizados no cuentan con tantas como algunos imaginan.

Las investigaciones de Mr. Garner necesitan, de todos modos, ser repetidas, cuidando de saber á qué familia de monos se referirán las observaciones; pues si los experimentos de Mr. Garner inducen á creer que en algunas de aquéllas existen rudimentos de un lenguaje articulado, es muy útil también que la observación anatómica marche paralelamente con estas experimentaciones fisiológicas. Sabido es que las investigaciones de Broca han determinado de un modo irrefutable el punto del cerebro donde reside la facultad tan eminentemente humana del lenguaje articulado, que es la tercera circunvolución frontal, especialmente la del lado derecho. Es, pues, conveniente saber si al esbozo de la función corresponde un esbozo *visible* del órgano, y decimos *visible* porque es indudable que debe existir; pero pudiera muy bien ser que cuando la observación por medio del fonógrafo permite comprobar la existencia del esbozo de la función, la observación anatómica fuese todavía impotente para comprobar el esbozo del órgano.

Broca admite la existencia de una tercera circunvolución frontal en los monos, aun en los inferiores; en cambio M. Hervé sostiene que esta tercera circunvolución, la del lenguaje articulado, no existe en los monos de las dos últimas series y sólo se encuentra en los antropoides, adquiriendo su completo desarrollo en el hombre. Los antropoides comprenden el gorila, que reproduce la fig. 4, el chimpancé, el orangután y el jibón: ahora bien; entre los monos que han servido de *profesores* á Garnet sólo figuran dos chimpancés. Mr. Garner, comprendiendo que para que sus investigaciones fuesen fructuosas era preciso que se refirieran á los grandes monos antropoides provistos del órgano del lenguaje articulado, ó sea la tercera circunvolución, llamada de Broca, se propone completar muy pronto sus estudios trasladándose al



Fig. 2. – Mono comiendo



Fig. 3. – Mono bebiendo

(De fotografías instantáneas de M. Ottomar Ansschutz.)

país de los gorilas, y á este efecto ha hecho construir, según dice un periódico americano, una jaula de de alambres de acero de algo más de dos metros cuadrados, clavada en el suelo por medio de tres cadenas de hierro para que los gorilas, cuya extraordinaria fuerza es bien conocida, no puedan llevársela; la distancia entre los barrotes será bastante pequeña para no dejar paso al brazo de aquellos monos. Mr. Garner permanecerá sentado dentro de esta jaula, á gran distancia de sus compañeros de viaje, con quienes se comunicará por medio de un teléfono y un timbre eléctrico: llevará un fonógrafo para retener los sonidos proferidos por los monos y un aparato fotográfico.

Este proyecto de trasladarse á Africa para estudiar el lenguaje de los gorilas puede parecer extraño, pero ¿no hubieran, acaso, extrañado los pastores caldeos que un astrónomo se trasladase á los antípodas para observar el paso de Venus?


Fig. 4. – Actitud de gorilas jóvenes. (De fotografía instantánea de M. Ottomar Ansschutz.)

Aunque en todo esto pueda haber alguna exageración, y aunque todavía puedan ofrecerse algunas dudas sobre las conclusiones de Mr. Garner, preciso es confesar que, aun no siendo absolutamente exactas, nos ponen seguramente en camino de la verdad. Por esta senda hay que proseguir las investigaciones que no dejarán de dar el resultado apetecido. El empleo del fonógrafo para estudiar el lenguaje de los animales es un método nuevo é ingenioso que, al modo que el microscopio nos inicia en la embriología del hombre y establece una relación entre éste y los demás animales, nos permitirá analizar los gestos vocales de los mismos y constituir la embriología de nuestro lenguaje humano.

(De *La Nature*)



DON FRANCISCO VIDAL Y CARETA. (De una fotografía.)



DON FRANCISCO DE FRANCISCO Y DÍAZ. (De una fotografía.)

Autores de la música y de la letra respectivamente de la ópera en cinco actos *Cristóbal Colón*

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN